

SOLIDARIDAD SUPLEMENTO OUVRIERE

París, Diciembre de 1954 * Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la CNT d'Espagne en exil. * Precio : 40 francos — N° 506 - 12

TRADICION DE NUESTRO PUEBLO

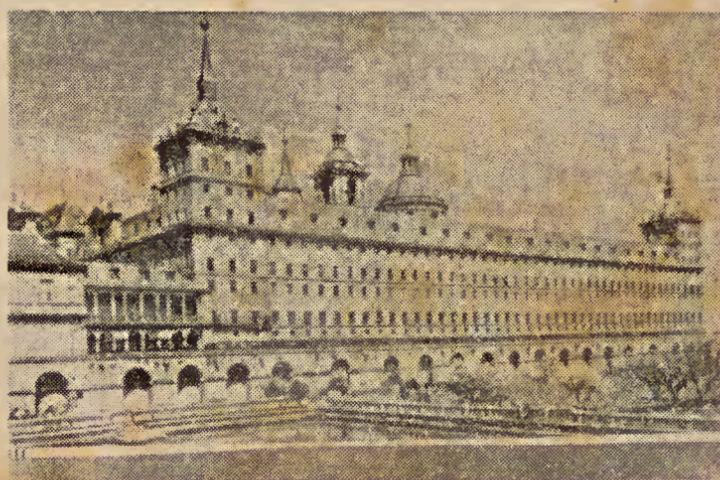
Felipe II y el alcalde de Galapagar



ICE Seignobos, en la introducción de uno de sus libros más conocidos, que la historia de Francia enseñada en las escuelas y conocida del público está fundada en documentos procedentes de las clases privi-

por ANSELMO CARRETERO

legiadas, nobles, guerreros, cortesanos y prelados, que no se interesaban por las capas inferiores del pueblo y conocían mal o no comprendían las condiciones de su vida. Los cronistas, personalmente ligados a los reyes, al clero o a señores poderosos, tenían tendencia a exagerar la importancia de los grandes personajes y la eficacia de las reglas oficiales en la vida real de la nación. Esta tendencia de los documentos ha pasado a la historia, convertida así en panegírico de los privilegiados, que ocupan en ella un lugar desproporcionado a su verdadero papel mientras la vida del pueblo queda en la sombra. La opinión del célebre historiador francés, aplicable en general a la historia de cualquier nación, es muy apropiada en el caso de España y especialmente al de Castilla.



Una vista del Monasterio de El Escorial.

Poco o nada suelen decir las historias al uso de las comunidades de ciudad y tierra, a pesar de ser la institución más importante para el estudio del pasado de la vieja Castilla, cuyo territorio ocupaban en su mayor parte, al modo de una confederación de repúblicas trabadas por una autoridad común, conde primero, más tarde rey. La vida del pueblo castellano desde que, juntamente con los vascos, proclama su independencia en tiempos de Fernán González (conde de Castilla y Alava) hasta bastante después de la llamada unidad española, es en esencia la historia de sus comunidades, de la lucha secular contra los magnates, la Iglesia y los reyes por defender sus libertades y la propiedad comunera en que sólidamente se asentaban. Estas instituciones que se desarrollan vigorosas durante la Edad media en el territorio de la antigua Celtiberia (las sierras castellanas del Alto Duero y el Alto Tajo, y el Aragón comunero) son muy semejantes a las de la Castilla cantábrica y el País vascongado. Los condes y reyes castellanos se las encuentran ya formadas y hay razones para atribuirles un origen prerromano. Son producto de determinadas circunstancias geográficas y económicas y del genio peninsular, que manifiesta en ellas algunos de sus mejores rasgos : amor a la independencia y respeto por la dignidad humana. Constituyen también un ejemplo magnífico — sobre todo si se tiene en cuenta la época — de libertad individual dentro de una comunidad democrática, política y económica ; y del espíritu colectivo del español, reacio por otra parte a someterse por la fuerza a moldes extraños. Se comprende así la incompatibilidad de los viejos castellanos con la monarquía neogótica leonesa, imperial, unitaria, teocrá-

HEMINGWAY PREMIO NOBEL

por Benito Milla

El Premio Nóbel, como los himnos nacionales y tantas otras cosas serias, está sufriendo el ácido corrosivo que socava infatigable-



mente a la sociedad política de nuestro tiempo.

En un mundo perfectamente caótico todo termina por llevar la marca indefectible del caos. Y hasta el galardón que se instituyó como premio a lo per-

● Pasa a la página 2 ●

● Pasó a la página 6 ●

CULTURA HEBREA EN CATALUNA



AS grandes figuras del hebraísmo español tienen un justo renombre y es bien conocida por todos la repercusión universal de su obra. En Cataluña hubo también importantes núcleos hebreos que, a través de siglos, contribuyeron no poco al desarrollo de las ciencias y las letras y ejercieron notable influencia.

Muy pronto existieron colonias hebreas, como en Tortosa, ya en la época romana. De su continuación en la visigoda ha quedado una lápida en latín, griego y hebreo, del siglo VI, que se refiere a un judío de Tortosa casado con una griega de Marsella, indicio de que la mezcla de los hebreos con la población occidental fué muy pronto apreciable.

por P. BOSCH-GIMPERA

En la Edad Media, los judíos catalanes tuvieron importantes aljamas en Barcelona, Gerona, Cervera, Lérida, Besalú y sobre todo en Tortosa, de donde ya en la época del Califato, en el siglo X, salió el erudito Menahem ben Saruc que brilló en la academia cordobesa y fué uno de los fundadores de la gramática hebrea. Tortosa continuó siendo el hogar a la vez de la cultura hebrea y de la musulmana de Cataluña durante mucho tiempo y a fines del siglo XI y principios del XII produce el juriconsulto, talmudista, astrólogo y matemático Isaac ben Berzilai (1070-1130). Por entonces surge en Barcelona, bajo Ramón Berenguer III, un importante centro de estudios orientales que en cierta manera precedió la célebre Escuela de Traductores de Toledo y que irradió por primera vez el saber oriental en Europa, al refugiarse en Toledo y Barcelona sabios judíos y musulmanes

después de las persecuciones de los almorávides en Andalucía. De la escuela de Barcelona salieron traducciones del árabe al latín y a ella acudieron extranjeros como Platón de Tivoli, Simón de Génova y un canónigo de Padua. Es sabido que el judío barcelonés Abraham ben Xija, llamado Sabasorda (1065-1138), dió a conocer las obras de Ptolomeo, Hipócrates,

Galeno, Abubéquer y otras, siendo considerado como el predecesor del gran médico y polígrafo catalán posterior Arnaldo de Vilanova, una de las figuras universales de la cultura catalana. Benjamín de Tudela, a su paso por Barcelona poco después de 1160, conoció y alabó la cultura de estas comunidades.

● Pasa a la página 7 ●

En este número

Luisa Michel, por Rodolfo Rocker ; El hombre representa hoy una nueva especie, por Luis Montanyá ; Las explosiones siderales y la creación de la materia, por Gerald Wendt ; España, tierra de bandidos, por J. Cañada Puerto ; Las supersticiones, por J. Chicharro de León ; Liberalismo, clericalismo y absolutismo, por Fernando Valera ; El mármol de Carrara, por Francisco Frak ; Suma y sigue en el siglo XV, por Julio de Huief ; Figuras hispánicas : Juan Martorell, por Ferrandiz-Alborz, etc.

Genealogía y embrujo de lo verde

Suma y sigue en el siglo XV

Como nos hemos impuesto una línea cronológica, repitamos que las Virgenes (con mayúscula) de la Edad Media española, son en toda su longitud y latitud morenas, y que tienen ojos negros. Las reinas y los reyes de la Edad Media española y del Renacimiento, son rubios, y, aunque no podamos afirmarlo documentalmente hasta finalizar el siglo XV, suponemos sin excesivo temor a equivocarnos que sus ojos no eran en modo alguno negros, sino claros y, probablemente, verdes o glaucos. En la Edad Media española, no riman, pues, los ojos de la reina de los cielos, con las reinas de nuestra tierra. El adjetivo claro, trivial en la Edad Media que el romance de la Ermita de San Simón preside, lo consagra en el Renacimiento, Garcilaso. Adjetivo que, a la sazón, comprende toda la gama de grises, verdes y azules inscrita en el donaire de los ojos glaucos. Los retratos de la virgen por sor María de Agreda y el de la madre de Luis XIV — exhaustivamente reiterado —, de importancia para mi tesis no precisamente doctoral, son significativos de una evolución sintética definitiva. En el siglo XVII, la reina de los cielos, entrevista por una monja, y la reina franco-española de la espectacular época francesa, tienen los ojos verdes.



A vida — la vida bella —, es una sinfonía de sabores, perfumes y colores. Auténtica y sintética melodía. Goethe que sabía tantas cosas y que podía expresarlas como pocos, teoriza como pintor alguno — sin exceptuar a Leonardo —, acerca de los colores. « Anche Goethe era pittore ». Colores positivos y negativos, activos y receptivos, con una gama de interferencias sutiles que nadie ha analizado y penetrado en su hondura como él. Entre las dos series más o menos antitéticas — dice —, « el verde nos da la impresión de reposo vigoroso sin el frío del azul, ni la exaltación del rojo ». Claras palabras dignas de meditación atenta.

Es curioso que la circulación ciudadana de la vida actual, oscile entre los signos rojo y verde. Ambos pretenden regular lo que Ortega y Gasset, profundo conocedor y agudo definidor de Goethe, dictaba en su época pontifical: « Sin pausa y sin prisa, como las estrellas ». La recoleta vida individual como la colectiva y expansiva ciudadana, oscila y pendula entre los dos colores, más específicamente humanos: el rojo, el del fuego y de la sangre; y el verde, el del campo y el del mar.

por Julio de Huici

El color verde, llegue o no por caminos ocultos del Lábaro verde del profeta, es el color de moda en trajes de damas y caballeros de la España medieval. Como no pretendo que se me crea « porque lo digo yo », pido un margen de paciencia al aducir citas concretas y precisas.

En la « Crónica del Halconero de Juan II », Pedro Carrillo de Huete nos dice en el capítulo I al describir la entrada del Condestable don Alvaro de Luna en Turuégano, el año 1420, que « muchos caulleros que serían largos de contar... venían tan bien guarnidos... que omes que aquello vieron, abia gran tiempo que nunca en Castilla otros tan bien guarnidos vieron. Que todos venían vestidos de azeituní (1) e de argentería; de la manera que ellos venían, assy venían su pajes ».

En la refundición de esta misma Crónica por el obispo de Cuenca, don Alonso de Barrientos — Cap. 27 — con el título « De otra grant fiesta que el Infante fizo en Valladolid », el rey « traya 24 caballeros, todos con sus paramentos verdes harpados ».

En el capítulo 29, y « en una justa muy rica e muy buena que en aquel tiempo el Rey de Navarra fizo en Valladolid, salió el Rey con 10 caulleros todos con paramento de azeituní pardillo ».

Y en el capítulo 80, con motivo del nombramiento de Maestre de la Orden de Alcántara a favor de Gutierre de Sotomayor. « el Rey entrególe 3 pendones: el uno leuaua una cruz prieta, el otro una cruz verde, el otro un estandarte con una cruz verde ».

En el capítulo V de la « Crónica de los hechos de Miguel de Iranzo », leemos que el día de la boda del Condestable, vestía su hermana « un rico brial de fino brocado verde... que a los mirantes era muy apacible, y que los pajes de su cámara fueron vestidos de jubones de muy fino terciopelo azul, sobre los quales leuauan ropas de muy gentil florentín verde, bien fechas... ».

En el capítulo 29, el Condestable sale a recibir al rey Enrique IV en las afueras de Jaén. « en un cavallo rucio a la gineta con un rico jaez dorado y un sayo de damasco verde ».

En los « Hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo », por Pedro de Escavias, Alcaide de Anzuaga — capítulo V —, anotamos que en el día de sus magníficas bodas con doña Teresa de Torres, prima del Conde de Haro y nieta del Adelantado mayor de Andalucía, la novia « leuaua un rico brial de fino brocado verde... con un tocado muy lindo de nueua manera, en son de muy graciosa y desenuelta dama; tanto, que a los mirantes era muy apacible ».

Los tres ministriles que « muy dulce e acordadamente sonaban, leuauan ropas de muy gentil florentín verde... a sus cuellos muy lindos collares bien obrados de muy fina plata, e bien calcados ». Las bodas duran 23 días... « El abanderado y regidor de Jaén, Fernando del Barrio,

leuaua una vandera verde pequeña de una punta... » (cap. V).

El Condestable vestía casi siempre de damasco blanco o negro. Preferentemente, blanco. Pero tal vez por no desentonar de la moda cortesana de Castilla, en el Cap. 39, cuando Enrique llega a Jaén como huésped del Condestable, sale éste a recibirle « en un caballo rucio a la gineta, con un rico jaez dorado e un sayo de damasco verde ».

En las justas medievales españolas, alternan los colores verde y amarillo. Los caballeros cristianos españoles, ostentan colores específicamente árabes y judíos. Así, en el capítulo 164 de esta Crónica. « la tabla para que justasen en Valladolid — año 1434 —, se puso en la calle de la Rinconada, e la tela era de paño verde e amarillo a mitades... E la librea que el Condestable e los caulleros trayan, era verde e amarilla, e los 15, cuviertos los cauallos deste mismo paño, e los otros 15, vestidos de amarillo, e las cubiertas eran esso mesmo deste paño. E las velas que trayan encima de las cimieras, eran verdes e amarillas. E venían uno en pos de otro regladamente: tras uno que traya vestido verde, venía otro que traya vestido amarillo, e por semeiante venían todos ».

En el Cap. 80 de la citada refundición del obispo don Lope de Barrientos, se describe la imposición ceremoniosa del

título de Maestre de Alcántara en 1432 por Juan II a Juan de Sotomayor. Después del solemne juramento de lealtad, el rey entrególe tres pendones: « el uno leuaua una cruz prieta, el otro una cruz verde, el otro, un estandarte con una cruz verde ».

Estamos llegando a la segunda mitad del siglo XV, descrita por un obispo singular entre los muchos sobresalientes del siglo XV. A través de su versión, el color predilecto de la liturgia cristiana, se reafirma en la liturgia de las órdenes militares medievales españolas.

Paulo majora canamus. En la « Crónica de Juan II », aparece el monarca dibujado con estas líneas claras y precisas:

« Fué de grande y hermoso cuerpo, blanco y colorado mesuradamente, de presencia muy real; tenía los cabellos de color de avellana mucho madura, la nariz un poco alta, los ojos entre verdes y azules, inclinaba un poco la cabeza; tenía piernas y pies y manos muy gentiles... Tenía muchas gracias naturales: era gran músico, tañía e cantaba e trovaba e danzaba muy bien ».

Del lamentable monarca Enrique IV, son muchos los retratos y semblanzas que se han hecho. Preferimos estas líneas de Diego de Valera en su « Memorial de diversas hazañas ». Y tomen buen

nota quienes escriben hoy en frases artificiosamente breves y cortadas, creyendo ser con ello muy modernos.

« Fué este rey de gran cuerpo, bien proporcionado, blanco y colorado mesuradamente, los cabellos rubios. Era romo, de una cayda que dió seyendo niño. Fué gran caballero de la gineta, buen bracero. Dióse demasiadamente a la música: cantaba y tañía muy bien. Era grande escriuano de toda letra: leya maravillosamente. Fué docto en la lengua latina. Oya de mala voluntad a quien a él venía. Era mucho apartado. Vestíase mal. Tuvo muchos privados a quien con larga mano dió muy grandes dádivas. Fué siempre regido por su voluntad, fuyendo de todo sano consejo ».

Por Diego Enriquez del Castillo, capellán y cronista del impotente, sabemos que este rey « tenía los ojos garços e algo esparcidos, encarnizados los párpados ».

De Juan II de Navarra, el maquiavélico padre del romántico Príncipe de Viana y del realista Fernando el Católico, nos dice Lucio Marineo Sículo, autor del primer Baedeker de la España imperial en su libro « De rebus Hispaniae memorabilibus », que « era de lyndo ayre y gentil parecer. El color del cabello, castaño oscuro, ojos claros y penetrantes... manos tan lindas que las damas que las tenían muy alindadas, las tenían embidia y las desseaban tener a tales ».

Del malogrado Carlos, heredero legítimo de Navarra y Aragón, pretendiente a la blanca mano de Isabel la Católica, que truncó con su infortunio los destinos de Castilla, Navarra y Cataluña, dos precisas y preciosas miniaturas coetáneas permiten afirmar que sus cabellos eran de castaño rubio, y que sus ojos eran glaucos. Príncipe posible y hasta probable modelo del Hamlet shakespeariano, a quien tal vez alude en su « Love's Labours Lost » con su enigmática frase: « Príncipe de la sin par Navarra » (Prince of the matchless Navarre).

Puede, pues, afirmarse documentalmente, que todos los monarcas españoles a partir de Pedro el Cruel, fueron rubios. La línea sigue siendo constante en su matiz amarillo, hasta Fernando VII. En el siglo XIX, ondula el color rubio de los monarcas españoles, por motivos de índole bastarda.

(1) Azeituní, hoy aceitunado, color de aceituna. Procedente de Zetxán, ciudad de China, donde todos tienen más o menos, color azeituní o aceitunado. Era una tela rica traída de Oriente y muy usada y mencionada en la Edad Media.

(2) Sabido es que el pendón de Castilla era morado, y verde el Lábaro del profeta.

Hemingway, Premio Nóbel

• Viene de la primera página •

durable sirve para emperifollar la crónica diaria y la gloria efímera.

El año pasado Churchill, un político, fué obsequiado con el premio literario más codiciado universalmente. Se creía — a pesar de las dudas — que el Premio Nóbel sólo era accesible a los prestigios sólidos, a aquellos hombres o mujeres que en el mundo de las letras se distinguen por una obra intensa, humana y universal. Ya no estamos seguros de que nadie crea lo mismo tras dos años consecutivos de desastre.

Hemingway, a pesar de los elogios de una crítica reporteril y versátil, era un candidato insospechado al Premio Nóbel. Nada, en su obra, parecía destinarle a tan alto mérito. Sólo un libro suyo ha gozado de los favores del gran público — y en ello incidió fundamentalmente el cine — y también su obra última, *El viejo y el mar*, tal vez la mejor, que una revista norteamericana de gran tirada publicó como primicia. Estos dos libros hacen de Hemingway un autor relativamente popular. Ni *Fiesta*, ni *Adiós a las armas*, ni *Más allá del ancho río y entre los árboles* son libros universales en ningún sentido. Mucho menos sus relatos y sus poemas, fugaces veleidades de juventud.

La Academia Sueca quizás ha rendido homenaje al hombre de acción, al repórter, al aventurero, a la figura que la prensa y las revistas de actualidades han revelado a través de peripecias más o menos dramáticas. Pero se ha menospreciado la significación primordial del premio que se concede en base a méritos literarios indudables.

Del autor norteamericano galardonado se ocupa más la crónica que la crítica, más el cine que los lectores. Excluida cierta ternura que percibimos palpitando en su último libro — *El viejo y el mar* — todo el resto de su obra parece desde ahora mismo condenada al olvido.

Por quién doblan las campanas fué un acierto de tiempo más que una gran obra. Se publicó cuando el drama recién acabado de España desgarraba todavía tantos corazones en el mundo. Sólo el cine debía consagrarlo más tarde y, a través de ese lenguaje de masas, llegar hasta millones de personas. La novela, en sí, ofrece reparos serios al lector exigente con el contenido, con la veracidad. En el fondo toda la grandiosidad de la lucha española, de la resistencia antifascista, parece servir para destacar la majestuosidad de un norteamericano altruista y dinamitero.

Uno de los méritos de Hemingway es el de luchar para situar a sus personajes en ambientes adecuados para destacar su coraje, su fe de vida o su necesidad de vivir intensamente. Muchas veces esta lucha se ve frustrada y un diálogo insípido, prolongado y repetido sirve de reemplazo a la acción prometida. Es una técnica imitada por el cine norteamericano actual, que traslada sus cámaras a cualquier lugar del globo en afanosa búsqueda de exotismo, que apenas si consigue paliar la ausencia de sensibilidad y de acción.

El viejo y el mar, último libro de Hemingway que conocemos, escapa por primera vez a la conocida temática del autor y aborda con ternura y simpatía el asunto del fracaso humano, de la lucha estéril, del esfuerzo sin éxito ni recompensa. En la versión de « Life », el relato se estira a veces aburridamente, a pesar de su sencillez, de su estilo directo, para animarse bruscamente en la descripción de la lucha entre el hombre y el enorme pez aprisionado. Sin embargo, esta emoción breve, no consigue que dejemos de preguntarnos: ¿ Por qué le habrán dado el Premio Nóbel a Hemingway ?

BENITO MILLA.

JUAN MARTORELL

El siglo XV español fué en Valencia uno de los más relevantes del Renacimiento europeo. Y el más acorde con el contenido sensual y sensitivo del Renacimiento. El medio geográfico favorecía el esplendor de vida para que el hombre expresara la plenitud de su comunión de sangre y tierra. En 1383, fray Francisco Eiximenis decía: *Dien los que gran temps l'han posseida, que si paradís és en la terre, que en regne de Valencia és* (Decían los que durante mucho tiempo moraron en ella, que si Paraíso hubo en la tierra, estuvo en Valencia). Y agregaba en su lengua vernácula: «...pues vemos aquí el aire comúnmente bello y claro, no espeso, ni humoso, ni turbio — no como en Francia, en Inglaterra y en Alemania — claro y bello en casi todo tiempo, invierno, verano, primavera u otoño», enumerando a continuación los frutos y calidades de la tierra».

Si la tierra es propicia para la exaltación de los sentidos, el hombre es un teclado de resonancia depurado en el secular mestizaje de múltiples influencias espirituales: helenos, fenicios cartagineses, romanos, visigodos, árabes y con éstos la impronta mozárabe y sefardita y el cristianismo aglutinando el mosaico de todos los estilos europeos y semitas. El valenciano es un pueblo síntesis, acaso el de más alta síntesis espiritual de Europa, en un escenario de tierra llana para los vergeles, de montaña para la voluntad dominadora, de mar abierto y claro para el ensueño y la aventura. Si un paraíso terrenal es Valencia, el valenciano parece haber sido criado para el goce de ese paraíso. Es un apasionado de su personalidad sensual, que en los tipos más representativos se manifiesta como haciendo gala de ese apasionamiento. San Vicente Ferrer lo expresó agudamente cuando dijo en uno de sus sermones: *si algún cavaller ha fet algún bon colp, com va per la ciutat! No cap en los carreres.* (Si algún caballero da un buen golpe, ¿cómo va por la ciudad! No cabe en las calles).

Falsa deducción sería suponer que esta vida de recreaciones sensitivas originaba un hombre hedonista, indiferente a su condición de hombre en relación con su destino y el de los hombres con quienes convive. Todo lo contrario. Si el Renacimiento hace del hombre tema fundamental de recreaciones, y esa preocupación es siempre por la ruta de los sentidos, el Renacimiento valenciano se expresaba a su vez como valoración del hombre en sí mismo. En José de Ribera y Juan de Joanés; como realidad ontológica en Juan Luis Vives; como ritmo lírico en Ausias March; como voluntad de dominio en el Papa Borja; como imperativo destino en San Vicente Ferrer. Y ahí están las Germanías valencianas como el más alto exponente de anticipación revolucionaria de contenido social, en el tránsito del feudalismo a las monarquías nacionales, en el umbral de la Edad Moderna.

En este ambiente de plenitud renacentista aparece la figura de Juan Martorell y su «Tirante el Blanco». Autor y obra forman parte del florecimiento de las letras valencianas, en el general movimiento de las letras europeas. Dante y Boccaccio en Italia, Rabelais y Ronsard en Francia, Shakespeare en Inglaterra, Bernat Metge en Cataluña, Berceo y el Arcipreste de Hita en Castilla, son algunos de los hombres de la gran constelación renacentista que dió forma al nuevo estilo, a los romances nuevos que dieron alma a la formación de las nacionalidades.

«Tirante el Blanco» corresponde al ciclo español de los libros de Caballería, dentro de un nuevo realismo novelístico, con el consiguiente aporte, aunque mínimo, de fantasía inverosímil. Hay una dependencia de caballero a feudalismo, como la hay de éste a monarquía, y por ende a la estructura de las nacionalidades. Los libros de caballería son una afirmación de la personalidad cuando el feudalismo decae ante los avances de una nueva estructura económica de la sociedad moderna. Los ciclos caballerescos, el Bretón, con Merlín, el Rey Arturo, Lanzarote del Lago con su hijo Percival, el Santo Grial y los Caballeros de la Tabla Redonda; el Carlovingio, dedicado a Carlomagno; los que exal-

«— ¡**T**ALGAME Dios! — dijo el cura, dando una gran voz — ¡Que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmelo acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí están don Quirieleison de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Aeposada, y la señora emperatriz, enamorada de Hipólito, su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen. Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que lo echaran a galeras por todos los días de su vida. Llevadlo a casa y leedlo y veréis que es verdad cuanto de él os he dicho.»

(Cervantes, «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», capítulo VI, primera parte.)

por **F. FERRANDIZ ALBORZ**

taron los símbolos clásicos como Crónica Troyana, Flores y Blancaflor, etc.; los de significación ética como Oliveros de Castilla, Artús de Algarve y otros. Todos expresan un deseo de pervivencia de los valores medioevales con el propósito, consciente o subconsciente, de dar permanencia a la cristiandad, y lo mismo en el ciclo español, el Amadís de Gaula, Las Sergas de Esplandián y el ciclo de los Palmarines, entre otros.

En la relación de autor a obra, «Tirante el Blanco» parece una proyección hacia los dominios imaginativos de lo que el autor no pudo realizar en su vida. Martorell fué un caballero de su tiempo, pagado de sí, lleno de afiladas puntas en achaques, de honra buscando en cualquier ofensa ocasión de duelo. El duelo era entonces una institución, llegando a absurdos como el del castellano Suero de Quíñones, en su famoso *passo honroso*, jurando ir con cadena colgada del cuello, testimonio de cautividad amorosa, hasta luchar con cuantos caballeros se atrevieran a pasar el puente de San Marcos de Orbigo. Nada menos que setecientos combates llevó a cabo con sesenta y ocho caballeros. Si por fuera de amor se llegaba a estos extravíos, calculemos cómo serían los arrebatos por fuera de honra. Velando por la honra de la menor de sus hermanas, Damiata, e incumplimiento de palabra de casamiento, Martorell emplazó a su pariente Juan de Monpau para combatir «a tota ultrança», es decir, a muerte. Se cruzaron las cartas pertinentes, consiguió Martorell juez proclamar el desafío, nada menos que «el muy alto y muy poderoso señor el Señor rei de Inglaterra y de Francia Enrique VI de Lancaster». Pero Monpau se escurrió y no tuvo lugar el duelo. Tres años después es desafiado, por merecer el placer de lucha, por un caballero llamado Jacme de Ripoll, pero Martorell se niega al deporte, diciendo que si el desafiante tiene interés en adiestrarse en combates, que se enrola en las tropas del Rey, que estaban peleando en Nápoles. Dos años más tarde, otro duelo frustrado, ahora por cuestiones económicas y desafuero contra un hermano.

Las palabras que Cervantes pone en boca del cura, en el célebre escrutinio de la librería de Don Quijote, son una valoración crítica del libro: «Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo». Y agrega, como testimonio de esa valoración: «aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte». Cabalmente como nuestro Señor Don Quijote. Realismo trascendente, que no está refido con la fantasía y el ensueño, sino que los destaca y sublima desde la realidad misma. Dar realidad de hombre a la fantasía es dar poesía a la realidad. Y tal es el mérito del «Tirante el Blanco».

La aventura del caballero se narra ahora en planos de verosimilitud humana, iniciando los primeros pasos del estilo narrativo conforme a las reacciones vitales del hombre. Los mitos van quedando atrás, alcanzando los primeros términos de la literatura imaginativa el deseo de llegar al hombre mismo, desentrañando su complejidad de criatura integrada por los más bajos apetitos y las más sublimes idealidades. «Tirante el Blanco» fué una transición entre la antigüedad y el mundo nuevo, el que se anunciaba con la Edad Moderna.

Mirando el mapa de las aventuras de Tirante el Blanco se recoge la impresión medioeval de su origen. La cristiandad es aún un todo orgánico, y en la pugna con el mundo musulmán, Tirante el Blanco procede a la española, tomando parcialidad en las diferencias de los reyes, empuñando la espada en favor de unos y contra otros. La misma posición bélica de El Cid Campeador. Tirante el Blanco empieza sus aventuras en Inglaterra, desdoblamiento de Guillermo Varoic, caballero Bretón, y sucesivamente va haciendo teatro de su aventura todo el mar Mediterráneo. Pasa el estrecho de Gibraltar, navega en torno a las Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia, los archipiélagos helénicos. Atraviesa los Dardanelos, se estaciona en Constantinopla, escenario de su amor con la infanta Carmesina, y causa de su naufragio hacia las costas de África.

En Tirante el Blanco se confunden las virtudes del caballero de la época. Ascetismo cristiano y sensualidad; honor y violencia; lealtad y venganza; la palabra dada como continuidad de compromiso que obliga para siempre. El caballero era una continuidad de categorías morales más allá de las fronteras, que entonces empezaban a señalarse. El hombre se valoraba según su condición de clase más que de contingencia terrena. En realidad Europa era aún una unidad espiritual, y dentro de ella las divisiones específicas según rangos de nobleza, de clerecía, de gremialismo o de servidumbre. Y en el centro de todo ello, para el caballero, la mujer simbolizando un ideal de descanso en la realidad asequible de la empresa humana. Era un anticipo de lo que la iglesia católica establecería luego con el culto femenino de la Inmaculada, que en la realidad se traduce con el más elevado de los símbolos a la vez que la más inhumana de las explotaciones.

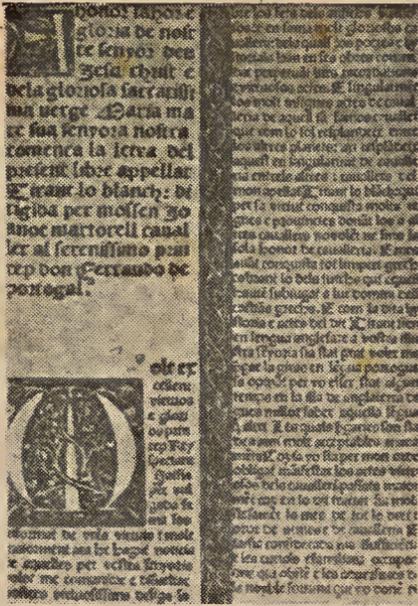
En la novela de Juan Martorell se anuncia el advenimiento de una literatura realista, hasta en el género caballeresco, que sistemáticamente rehuía la realidad. Cervantes cerraría el ciclo haciendo de la realidad el más grande de los símbolos de la novela de caballería, y del ideal la única compensación de una realidad a flor de sangre y de tierra.

Martorell, a fuer de realista, hace historia humana. Sus personajes son trazo de personalidades de su tiempo. Si los disfraza con nombres supuestos, resultan sin embargo auténticos en su función histórica. Incluso fué el primero en llevar al pormenor, detallando, entre festivo y picaresco, la Orden de la Jarretera, que estableció Eduardo III de Inglaterra, y cuyo origen es la liga que a una doncella se le cayó en un baile, que el rey se hizo atar sobre la media, a la izquierda, bajo la rodilla, y del que se desprende nada menos que el distintivo de la corona inglesa: *Honni soit qui mal hi pense*. Así se hace la historia que en cuanto a escribirla... ¡desde que sé cómo se escribe la historia!

Hay un punto del comentario de Cervantes que se ha prestado a múltiples interpretaciones y que, a nuestro entender, ha esclarecido con aceptable juicio M. de Riquer en su estudio a la nueva edición en valenciano de «Tirant lo Blanc». Nos referimos al párrafo cervantino que dice: «Con todo eso, os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran a galeras por todos los días de su vida». Después de la exaltación que se hace, es contradictorio lo de echar al autor a «galeras por todos los días de su vida», según común interpretación. Uno de los pasajes más oscuros del Quijote, que Riquer interpreta en el sentido de «echar a galeras» un libro, es decir, componerlo de nuevo, hacer galeras de su texto, «por todos los días de su vida».

Bien merece esa eternidad el libro del que dijo Menéndez y Pelayo en su aspecto realístico: «No es el Tirante una parodia sino un libro de caballerías de especie nueva, escrito por un hombre sensato, pero de espíritu burgués y algo prosaico, que no huye sistemáticamente del ideal, pero lo comprende a su manera... Otras cosas de distinto género prueban en él la obsesión de la vida común, el amor al detalle concreto y preciso, el instinto que le llevaba a copiar la realidad, fuese o no poética». De este libro dió también Antonio Rubió y Lluch: «Es uno de los mejores textos para estudiar las diferencias que siempre han existido entre la lengua erudita y la popular y de los que más nos convencen, con este paralelo, de que los idiomas literarios se modifican y desnaturalizan, mientras los populares se mantienen más fieles a la tradición».

La edición príncipe del libro estuvo a cargo de Martí Joan de Galba, quien parece se permitió añadir algunos capítulos finales, sin que se note mayormente cambio de estilo, y esto aun por los eruditos. Leído hoy, se nota no ha perdido su alta jerarquía de literatura imaginativa, de noble meditación y selecto entretenimiento. Continúa siendo tal como lo calificara el cura cervantino: «...un tesoro de contento y una mina de pasatiempos».



Primera página de «Tirant lo Blanc», edición de Valencia, 1490.

ESPAÑA, TIERRA DE BANDIDOS

Al encontrar, en ruta, una recua de mulas empenachadas, conducidas por unos arrieros armados de trabuco, el escritor toma nota, para poder decir más tarde que « lo pintoresco pedido (demandé) se producía en abundancia, por lo que estábamos encantados... » Pero los bandidos no aparecían. « Este miedo a los bandidos — dice más adelante — es exagerado, ya que no hemos visto nada que lo justifique... Sin embargo, este temor proporciona placer... Más adelante, el carricoche en que Gautier viajaba se detuvo en Ocaña, en la Mancha, para esperar el correo real y reunirse, ya que este correo real llevaba buena escolta de soldados escopeteros. Aunque Gautier no dice si se frotó las manos de gusto al salir de Ocaña para atravesar la sierra Morena, nosotros lo suponemos. De todos modos, la sierra fué atravesada sin que los bandidos aparecieran. Bien es verdad que la escolta iba allí para algo. Yendo de Málaga a Córdoba, Gautier tiene por compañero de viaje a un ingeniero que se hace guardar por un bandido a sueldo; oh, paradoja! El tal bandido, según decía su amo, era un honnête homme, expresión que debió traducir la española de « hombre honrado », que sin duda empleara el ingeniero al hablar del mozo en cuestión. Al aludir a este episodio, Gautier escribe que en Andalucía, los bandidos son tomados por héroes, a causa de la admiración que tienen las gentes poco civilizadas « por la grandeza que se supone en el hombre que se ha revuelto contra la sociedad ». Sigue Gautier hablando de bandidos y hasta transcribe la conversación que dice haber sorprendido entre un posadero y el expandido (que por cierto se llamaba José María, nombre, como se sabe, de bandidos famosos y que por entonces iba a ser ilustrado por « El Tempranillo »). Sin saber que el francés comprendía algo del español, el posadero propuso a José María, delante mismo de Gautier, aligerar de consuno la bolsa de éste, cosa que el honrado José María rechazó no sin hacer comprender al posadero malandrín que allí estaba él, José María, para que nadie tocara a un pelo de la ropa de un caballero que iba en su compañía. En suma, asunto para un cuadro de ópera, con música de Bizet! Tras haber contado la escena, Gautier añade este parralillo: « ...el bandido ha sido para nosotros, a pesar de lo que hemos oído hablar de él, un ser quimérico, una abstracción, una simple poesía ». ; Qué desilusión para un hombre que fué a España dispuesto a encontrar bandidos, aunque fuera uno de muestra, y a hacerse asaltar por él aun a costa de hacerse agujerear la



AUTIER fué a España con deseo de encontrar allí las cosas que otros antes que él habían visto o supuesto. Por eso el hombre suelta la brida del júbilo, cuando cree tocar lo que esperaba, o manifiesta su desaliento, cuando los hechos le defraudan. Un hombre menos superficial que Gautier hubiera sacado de estas defraudaciones, que fueron numerosas, motivos para rectificar sus anteriores creencias. Pero ¡ que si quieres! A veces, el hombre parece malhumorado por no ver lo que

a todo precio quisiera ver en España. ¿ Por qué España era así, y no como quería Gautier? Jamás se vió un caso parejo a éste de tozudez literaria. El caso de los bandidos es típico a este respecto. Gautier hubiera querido hallar en España bandidos, bandidos por todas partes, bandidos en las carreteras y montes, bandidos por las calles y plazas, bandidos en las iglesias y en los museos, bandidos en los paradores, en los dormitorios, hasta en la sopa. Por ello su obsesión se manifiesta a todo lo largo del relato. Cuando, al tomar el primer carrromato, apenas atravesada la frontera, viera que el mayoral se terciaba la escopeta, Gautier — parece que lo estoy viendo — debió frotarse las manos de gusto y decir para sus adentros: « Esto promete ».

por **J. Cañada Puerto**

piel! Hacia el final del libro, Gautier vuelve a su tema favorito: « A veces, la policía hace asesinar a algunos de ellos para escarmiento, único procedimiento practicable, aunque sumario, ya que haría falta un ejército para remediar el mal, en un país en el que la contra-policía es hecha con inteligencia y pasión por todo un pueblo que no tiene otras ideas sobre lo tuyo y lo mío que las de los beduinos de África ».

Veamos, ahora, lo que hay de verdad en esta historia o cuento de ladrones. Como supongo que el bandido español de hace cien años no difería mucho del de tiempos más modernos ni quizá aun del de otros países (y ahora pienso en los bandidos de las baladas inglesas, como Robin Hood, en los corsos y en ese bandido siciliano que hace poco era asesinado), pocas líneas nos bastarán para trazar su personalidad. El bandido que hemos conocido los que tenemos más de cuarenta años es el clásico bandido de la sierra, el bandido por antonomasia. Los más famosos bandidos de la primera mitad del siglo actual fueron El Pernal y El Vivillo, que se ilustraron con sus hazañas hace cuarenta años, y El Vagonero y el Arocha, que se ilustraron hace unos treinta años, el segundo de estos últimos todavía hizo hablar de él durante nuestra guerra, por haber luchado como guerrillero republicano en las sierras de Málaga.

Pero que no se diga que yo honro solamente a los bandidos andaluces. Aunque Andalucía es por antonomasia la tierra de los bandidos, de estos bandidos que pasarán a las óperas francesas, yo no tengo inconveniente en hablar de algún otro bandido de España. En Galicia, por ejemplo, no hay en verdad tradición bandidera. Pues bien, allí, en el siglo pasado, existió « La Loba », bandida y hasta capitana de bandidos, mujer de pelo en pecho que ejerció tan decente oficio y que fué incluso llevada a los libros. También allí en Galicia — ; quién lo dijera! — allá a primeros de siglo se tiró al monte Toribio Mamés Casanova, cuyo nombre no parece muy gallego y del que se decía que era nieto de Balseiro (éste sí que debió ser gallego) uno de los de la cuadrilla del Cid Luis Can-

delas. De casta le venía al galgo: el padre de Toribio había muerto en la cárcel de La Coruña en un intento de fuga o quién sabe si por eso que, andando el tiempo, se llamaría la « ley de fugas ». El pobre hijo, necesitando ropas que ponerse, tuvo la idea de despojar un cadáver de indiano y, de camino, guardar las joyas que, según se decía, habían sido enterradas con el muerto. Perseguido mucho tiempo por la autoridad, el bandido gallego se fué salvando gracias a la ayuda que la gente le daba. Hirió a varios guardias civiles y su cabeza fué puesta a precio. Parece ser que un cura lo invitó a su mesa y... lo entregó al brazo secular. Cárcel del castillo de San Antón de La Coruña, presidio de Ceuta... Naturalmente, salió en coplas. Y, según me han contado, tras treinta años de encierro, en tiempos de « nuestra república » el antiguo bandido apareció en La Coruña pidiendo limosna...

Estos bandidos, como los otros bandidos de menos renombre de que hemos tenido noticia en estos últimos cincuenta años, eran simplemente unos hombres que « se tiraban a la sierra », que ésta es la expresión clásica, para no verse obligados a presentar sus espaldas al zurriago de la benemérita, ser juzgados por el juez de primera instancia o por la audiencia provincial y dar con sus huesos en los malfamados penales del Puerto de Santa María o de Ceuta. La aplicación del código penal español era severísima para el mundo de la pobreza. El robo de un simple reloj valorado en diez pesetas costó a un muchacho que conoció cuatro años de penal; o de « presillo », que así es como los de mi pueblo natal llamaban al presidio. En ese período de relativa paz social que se cierra en julio del 36, no se vieron en España crímenes crapulosos de esos cuya memoria es duradera; la media docena de crímenes de esta clase que tuvimos en tan largo período: el del capitán Sánchez, el del expreso de Andalucía, etc., confirman, por su carácter excepcional, mi anterior afirmación. En general, un español « se » mataba con otro por acaloro, mataba por amor o celos y robaba en pequeña escala, hechos todos clasificables, si se me permite la osada expresión, en lugar honorable de la escala criminal. Pues bien, todo hombre que en Andalucía tenía que dar cuentas a la justicia por delitos de esta clase o, aun, por faltas menores, y que no estaba dispuesto a soportar vapuleos ni cárceles, cogía el primer caballo que se ponía a mano y se tiraba al monte, lo que hacía que las sierras contaran con el bandido como con un ejemplar más de su fauna. El bandido no era un vulgar malhechor, un ladrón que buscaba la impunidad que le ofrecían las soledades serranas para entregarse a sus fechorías criminales sino un desesperado. Luego, una vez en la sierra, sus necesidades más elementales le obligaban a pedir mansamente lo necesario, a pedirlo y obtenerlo sin parar mientes en remilgos persuasivos, a obtenerlo, en fin, arrebatando — robando, si queréis — lo que necesitaba y, en caso extremo, matando, por impaciencia o para defenderse, al infortunado y malaconsejado tran-

seunte o al ricacho de algún pueblo al que el bandido bajaba por la noche. Pero la verdad es que esto último era más bien raro. Tarde o temprano, el bandido caía en una emboscada civilera y, acorralado en pleno campo, defendiéndose como un jabato, allí escribía con su sangre su última hazaña. Y ahora, después de esbozado este retrato del bandido andaluz, se me ocurre añadir: Si el francés tomó la palabra « bandido » como sinónimo de brigand, de voleur de grand chemin, anduvo errado ciertamente, porque en nuestro bandido, el robo y el asesinato eran una consecuencia de su vida de bandido y no el móvil. Esta distinción, por venir de una verdad evidente, no es ni siquiera sutil.

Si; había bandidos en España en tiempo de la visita de nuestro escritor, como los había cincuenta años hace, como los hay ahora sin duda. Sólo que ni entonces ni ahora se topó con los bandidos detrás de cada esquina ni en cada recodo de camino. Antes de que los trenes aparecieran, los bandidos asaltaban a veces a los viajeros en los lugares más propicios de los caminos montañosos, ya yendo solos, ya en banda, si la presa valía la pena y si el golpe de mano ofrecía dificultades. Por desgracia para Gautier, los bandidos en trance de ejercer el oficio no aparecieron una sola vez en todo su viaje, por lo que hubo de contentarse con hablar de ellos con sus compañeros de viaje, viajar en amor y compañía con un bandido convertido por la necesidad — los tiempos debían ser malos — en gendarme ingenieril a tanto la jornada y hasta; oh sarcasmo de sarcasmos! ser protegido por un honrado José María cualquiera. *Avouez qu'elle est bien bonne!* Ciertamente los españoles de entonces debían tomar al bandido como punto central de sus conversaciones y que sería frecuente viajar armados de escopeta. Cuanto a Andalucía, este hablar no es extraño, pues, siendo el bandido personaje de leyenda, de él se habló siempre. En cuanto a las regiones más norteñas, la cosa se explica, si se considera que carlistas y liberales andaban a la gresca por aquellos años y que sierras y cañadas andaban infectadas de bandas guerrilleras que las más de las veces se conducían más en foragidos que en luchadores de ideal político. Y es que, en esto de los bandidos, aun hay clases.

Yo no creo que el tener simpatía por los bandidos sea cosa de gente poco civilizada, como dice nuestro autor. Ni siquiera le concederé que lleva razón, cuando se trata de bandidos ordinarios, de brigands, ya que una raza del centro de África puede tener en horror al bandido, si así se lo dicta su tradición, sus costumbres, su moral. Lo que sin vacilar no le admito es el sambenito de gente incivilizada que cuelga a los andaluces, a causa de la admiración de éstos por el bandido de la sierra. Pero; si el bandido es hombre de epepeya nacional! Ciertamente la grandeza que se le acuerda es exagerada — supuesta, como dice Gautier —. Pero es que el bandido es un símbolo, una injusticia latente, una acusación social, un recordatorio de la desgracia que acechaba a cada vecino miserable, esto es, a una sociedad entera. ¿ Cómo no iba, pues, a admirar al bandido la gente del pueblo? ¿ Cómo no iba a admirar esta gente española, tan amorosa de absoluto, este revolverse un hombre solo contra un orden injusto, este desafío de un perseguido por la justicia? En la mayoría de los casos, los bandidos no eran ni siquiera hombres de falla en algo, salvo en su dignidad de hombres y, casi siempre, en su valentía. Sin darse cuenta, Gautier estaba en lo cierto cuando decía que cada persona con que se cruzaba era un bandido en potencia (un bandido de los nuestros, claro es). Su mala estrella, su sino, hacía que, un mal día, cualquier obscuro pechero tuviera que tirarse a la sierra. Si los bandidos eran casi siempre jóvenes, es porque en generales la juventud la que tiene más tropiezos en su acomodación a la vida de relación, a la que los viejos se han ido ya haciendo con más o menos gusto o fortuna, y porque la resignación no es virtud de juventud. Por lo demás, repito, el bandido era un ente cualquiera.

Un punto más difícil de dilucidar es el de la génesis y desarrollo de la general leyenda sobre el bandido. Esto debe venir de lejos. En Andalucía, ha debido haber bandidos de siempre. Bandidos, esto es: hombres tirados a la sierra, debieron ser los mozárabes sublevados contra el ocupante árabe en el siglo IX, a cuyo jefe Omar ben Hafsún yo tengo

• Pasa a la página 6 •



LAS SUPERSTICIONES

Nuestro Feijoo, en no pocas obras (cf. *Astrología judiciaria*) combatirá sañudamente toda clase de supersticiones y de adivinación y, en particular, la astrología judiciaria.

¿Cómo se explica que el Arcipreste, hombre culto y cristiano, hable con respeto de la astrología? Sin duda, porque el peso de la leyenda, de la tradición eterna, más fuerte que la historia a veces, es difícil de desterrar del alma humana. Pese a sus conocimientos, no podía liberarse de las creencias corrientes en su época. ¿Qué mucho que nos diga:

...creo ser verdaderos
Segund natural curso los dichos estrelleros?
[127]

Es verdad que, como cristiano, se ve obligado a admitir que la Divinidad está por encima de todo accidente físico. Se trata de expresar aquí una convicción o simplemente de evitar que se lo acuse de creer en brujerías y demás engaños bobos?

Yo creo los astrologos verdad naturalmente,
Pero Dios que creo natura e acidente,
Puedelos demudar e fazer otramete,
Segund la fe catholica: yo desto so creyen-
[te. 141]

Ladino Arcipreste! Tenía miedo de que sus creencias en astros le acarrearán sinsabores, si no confesaba la fe católica y su creencia en el todopoderoso Dios después de contar la historia del rey y de su hijo, que muere según los astrólogos habían predicho (129-130).

La creencia en la «buena» o «mala estrella», en el «buen» o «mal sino», se ha perpetuado y tiene fuerza entre las clases populares españolas. Diganlo los andaluces y los gallegos.

No creo que es absurdo pensar que, por influencia cristiana, la buena o mala estrella, que preside al nacimiento de cada ser, se haya transformado, como sucede entre los andaluces, en el «buen» o «mal ángel». La creencia pagana, por transposición de sentido, se ha convertido en creencia cristiana, que vive rotazante en España.

Sabemos que, aun entre las clases cultas españolas y francesas, existen seres que dan crédito a los astros y a las cartas y que, sin sentir vergüenza, van a buscar a las videntes que les «dicen» el porvenir lo mismo que las gitanas que «echan» la buena ventura.

Hallo, pues, en todo ser un rincón, más o menos oculto, donde se albergan residuos de superstición primitiva.

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

He dicho en otro lugar que el Arcipreste no ha acertado a describir, es decir, no ha tenido la idea de pintar el paisaje que sus ojos contemplaron en sus correrías por tierra hispana. En efecto, Juan Ruiz, aun siendo artista magno, no ha sabido ver, como pintor, el paisaje y no me extraña, ya que la literatura española en su época, aunque no exenta de reciedumbre, se halla en plena adolescencia.

Nota, sin embargo, que el sentimiento de la naturaleza es vivo en Juan Ruiz y que, en su espíritu viril, existe preferencia indiscutible, en lo que a flores toca, por la rosa:

So la espina yace la rrosa, noble flor 18
La rosa es, pues, noble entre las demás flores. El epíteto que se repite con frecuencia aplicado a flores, aunque se dice que, a la llegada del Amor, esto es, de la primavera, salen a su encuentro
Los omes e las aves e toda noble flor 1225

Cuando Juan Ruiz se dirige a la Virgen en sentida poesía, dice:

Quiero seguir
A ty, flor de las flores 1678

No se trata de «echar flores» a la Virgen en sentido popular ni de venir a ella «con flores», como canta la iglesia en primavera, sino de imagen poética en extremo púdica, ya que el Arcipreste no se atreve a piroppear a una mujer, aunque se trate de la linda doña Endrina, cuyo retrato hace (653 y sigs).

En el episodio referente a la recepción del Amor, al acogerlo, como dije ya, los clérigos, legos, los frailes y monjas, así como también los juglares (225-1314), esto es, toda la sociedad del tiempo del Arcipreste, tenemos notas concretas del sentimiento de la naturaleza en nuestro autor. No es tal episodio «una apoteosis irreverente y sacrílega», como afirma el maestro Menéndez y Pelayo, llevado de su estrecho catolicismo, sino de cuadro grandioso, símbolo de toda una so-



O sé si el tema de la astrología y demás supersticiones tiene orígenes árabes. No ignoro, sin embargo, que los caldeos fueron, a lo que parece, los primeros cultivadores de la astrología y que los egipcios la adoptaron y le concedieron alto honor. Hay alusiones a ella en Homero y Hesíodo. Platón habla en su *Timeo*, según nota el Sr. Cejador, de la influencia de los astros, esto es, de la luna.

Notemos que, a fines del siglo XIV, es decir, precisamente en la época de Juan Ruiz, la Universidad de París proclamó que la peste que tuvo lugar en ese momento y que tanto daño hizo, fué debida a la conjunción de tres planetas. ¿Quiere esto decir que, hasta los hombres doctos, se sienten, en general, inclinados a dar crédito a las soflamas de carácter popular?

Creo, pues, que desde tiempos antiquísimos, la superstición y creencia en la influencia de los astros, en el sino, que sale de signum, que vale «señal» o «seña» es algo que echó raíces hondas en el corazón del hombre incapaz de explicarse científicamente multitud de problemas y fenómenos naturales. Todos los reyes de Francia, hasta el mismo Luis XIV, que brilló por su buen sentido y exquisito gusto, tuvieron «estrelleros» a su servicio (Cf. Calderón, *La vida es sueño*).

por J. CHICHARRO DE LEON

ciudad, digno de ser pintado por el recio pincel satírico de Goya.

El marco se describe en un solo verso, con precisión única, tanto más admirable por cuanto la época de Juan Ruiz, como dicho queda, es de escarceos literarios y no de fijación de temas:

El artista va a pegar inmediatamente el lienzo que, en su conjunto, es pintura realista donde la nota dominante es la alegría general de las almas:

Los omes e las aves e toda noble flor
Todos van rrescebir cantando al Amor. 1225

No se trata, como adivinarse puede, del amor en sí mismo, sino de una alegoría de la primavera, a la que seguirán otras varias de las demás estaciones.

La primavera despierta y, a su contacto, las almas se inundan de gozo y los seres, como animales en celo, comienzan a sentirse animados de deseos naturales, carnales: los sentidos se abren a la vida como los capullos de las flores, espárcese por doquiera alegría franca, sin trabas, vital, la dicha de ser, un soplo de revivencia.

No hay paisajes, sino músicas y colores naturales, regocijo íntimo de toda la naturaleza que resurge:

Rrescebiene las aves, gayos e ruyseñores,
Calandrias, papagayos mayores e menores,
Dan cantos plazenteros e de dulces sabores:
Mas alegría fazen los que son mas menores.
[nores. 1226]

Las notas que el Arcipreste nos da, son, en general, objetivas. No se trata de su propio sentimiento de hombre sumergido en la naturaleza, sino de pinceladas certeras a la vista de cuadros naturales, que tienen no poco de idealizados.

Observa con tino el Sr. Cejador que «su exquisito gusto le hace preferir los «menores», así como las dueñas «chicas» (Nota, 1226). En efecto, son los pajarillos los que mezclan con el aire sus gorgeos, no las aves «mayores», cuya voz no es siempre agradable.

Tras los pájaros llegan las personas. La riqueza pictórica del lienzo aumenta. Los instrumentos naturales, que son propiedad exclusiva de los pájaros o aves menores, se unen a múltiples ins-

Liberalismo, clericalismo y absolutismo

• Viene de la página 12 •

«Las antigüedades eclesiásticas han yacido bajo la lápida de los decretales y de los avisos furtivamente introducidos. Las decisiones de la curia y las opiniones particulares han corrido parejas con las verdades dogmáticas e incontrovertibles». Como ahora.

«En cuanto toca a la Iglesia, se ha tenido por incompetente al tribunal de la razón y se ha tratado de herético todo aquello que no se acomoda con las máximas de Roma. El rebaño de los fieles ha sido apacentado por rabadanes introducidos sin la autoridad de los pastores que el Espíritu Santo puso para regirle». Como ahora.

«Millares de obispos ha visto España que, muy cargados de decretales y fórmulas forenses, jamás cumplieron el objeto de su misión, que no fué otro que predicar el Evangelio a todo el mundo, dirigiendo a los hombres por la vía de la paz y no por la de los pleitos». También como ahora. No dijera más ni mejor Torrubiano, y piénsese que estas palabras eran pronunciadas en 1786 en la Plaza de Toros de Madrid, durante los días de la Inquisición.

Consecuencia de tamaña ignorancia eran la gazmoñería disfrazada de virtud, la bobaliconería de la santidad y la estupidez de «santa simplicitas».

Vargas Ponce enumera a continuación algunas de las sandeces a que la superstición, disfrazada de candor, daba pábulos, y que por la semejanza que guardan con las todavía en boga, vale la pena de transcribir: «En ellas vemos a Cristo alumbrando con un candil para que una monja eche pan al horno; tirando naranjitas a otra desde el Sagrario, probando las ollas de una cocina y jugando con un fraile hasta serle importuno. En ellas vemos un leguito reuniendo milagrosamente una botella quebrada y un cuartillo de vino derramado, sin más fin que consolar a un muchacho

trumentos músicos, que hacen sonar los hombres para celebrar al Amor (Cf. Pidal, *Poesía juglaresca*, etc., 45), al que rinde pleitesía la naturaleza entera:

Rrescebiene los arboles con rramos e con
[flores
De deviersas maneras, de fermosas colores,
Rrescebiene los omes e dueñas con amores:
Con muchos instrumentos salen los atabores.
[1227]

Dejo a un lado las alusiones a gente de iglesia, pues ya he hablado de ello en capítulo aparte y prosigo la búsqueda de notas sobre el sentimiento de la naturaleza.

El amor no habita en casas ni palacios, sino que ordena le pongan la tienda al aire libre, en plena naturaleza:

Dyz': Mando que mi tyenda, fynque en
aqueel prado. 1264

Se trata de prado a secas, sin epítetos. Como podemos observar, Juan Ruiz se detiene ante el hecho concreto, ante la imagen plástica, y prosigue después la descripción (1265-1268) de la tienda del amor, sin habernos pintado el lugar.

A partir de este instante, salen a relucir las estaciones. Los tres caballeros de que habla el poeta (1271) son noviembre, diciembre y enero, según afirma el Sr. Cejador.

Los fijodalgos (1278) son los meses de primavera. El primero de esos meses, febrero,

Tiene las yerbas nuevas en el prado ançña-
[no 1279]

El Arcipreste nos presenta a continuación un verdadero cuadro campesino y asistiremos a los trabajos de podar y plantar viñas (1280), a cavarlas e injertarlas (1281); veremos crecer la avena (1282), los trigos y centenos (1286) y, durante el calor, época de los «ricos omes» (1287), cuando los trigos y frutos granen (1288), no estará mal irse a buscar «ayres en la sierra enfiesta» (1289).

Asistiremos a la siega y a la recolección de frutos, así como también a la labranza de los campos (1290-1297).

Las escenas del campo retienen la atención de Juan Ruiz y, al leer sus descripciones, es preciso confesar que no están exentas de fuerza emotiva, pese a los símbolos con que las reviste y aliaña.

a quien se le cayó al salir de la taberna; a otro convirtiendo unas cubas de agua en vino para beber la comunidad, y a otro resucitando un pollinejo que había nacido muerto, porque no lo sintiese una hermana de la Orden. En ellas vemos un hombre muerto de muchos años conservar la lengua viva hasta confesar sus culpas; a otro tirarse de un balcón y caer sin incomodidad a la calle por ir al rosario, y un voraz incendio apagarse de repente sin más que arrojar un escapulero de estameña. En ellas vemos a la Virgen María sacar su virginal pecho para dar leche a un monje; a los ángeles, en hábito de fraile, cantar maitines porque se dormían en el convento, y a los más humildes degollando a los que no eran afectos a su religión».

Entonces, como ahora, los efectos de semejante gazmoñería conventual no podían por menos de ser desastrosos para el pueblo ignorante que la tomaba como artículo de fe. «Los pintores — continúa diciendo nuestro autor —, imbuídos de estas especiotas, han representado en sus tablas estos titeres espirituales, y el pueblo idólatra les ha tributado una supersticiosa adoración. La Iglesia ha trabajado de continuo en desterrar de los fieles la preocupación de virtud particular de las imágenes, y los eclesiásticos no han cesado de establecerla. Una imagen de Cristo o de la Virgen se ve en un rincón, descuidada, sucia y sin culto, al paso que otras se ostentan en costosos retablos y no se muestran sino con grandes ceremonias y gran suntuosidad». «La Virgen de Atocha, la de la Almudena y la de la Soledad compiten la primacía de milagrosas (hoy se les ha unido la novísima de Lourdes), y cada una tiene su partida de beatas, que si no son idólatras, no les falta un dedo para serlo». ¿Qué dirían *El Debate*, *El Siglo futuro* o el *Diario de Valencia*, de quien expresara tales verdades en nuestros días de vírgenes coro-

nadas e imágenes milagrosas? Ah! pero esto se decía en tiempos de la Inquisición, antes de que hubiera liberales en España.

Cálculase en un pueblo de tal ignorancia, hipnotizado con tales maravillas y rendido al prestigio de semejantes pastores, los efectos que produciría el despertar de la ferocidad primitiva al conjuro de la guerra napoleónica, y tendremos explicadas las causas psicológicas de la brutalidad que caracterizan a nuestras luchas políticas, así como el maridaje del absolutismo y el clericalismo frente a los constitucionales del 12 y a los liberales del 20. Venían éstos a remover las aguas muertas del fanatismo con el aire fresco de la libertad y a domesticar la fiera selvática con el látigo blando y suave de la cultura.

Lo transcrito hasta aquí forma parte de unos artículos que redacté a raíz de la revolución de diciembre de 1930, en el escondido donde permanecí varios meses burlando la persecución de la policía, y que publiqué en *El Liberal* de Madrid. Al preparar su reedición, en el verano de 1934, transformé las conclusiones, añadiendo el siguiente párrafo que desgraciadamente tuvo atisbos de profecía:

La ignorancia y el fanatismo fueron el combustible que alimentó la hoguera de nuestras guerras civiles. Afortunadamente de entonces acá ha corrido mucha agua por el río: el clero perdió su hipnótico poder sobre las conciencias, y es de esperar que los fracasados ensayos liberales del siglo XIX hayan producido un pueblo nuevo de psicología racional y ponderada, capaz de concebir y disfrutar un régimen de tolerancia, libertad y progreso. Cabe esperar que los hombres y los tiempos hayan cambiado; que España esté mejor preparada para la libertad. Y si no fuese así, ¡pobre España!
FERNANDO VALERA.

FELIPE II Y EL ALCALDE DE GALAPAGAR

• Viene de la primera página •

tica y de raíz extranjera; su repulsión del Fuero juzgo, código romano visigótico que rigió en toda España menos en Castilla y el País vascongado, y de las famosas Partidas que, aun con el Ordenamiento de Alcalá, no tuvieron validez en Castilla sino después de los fueros y de la costumbre; así como el interés que ponían en que sus reyes juraran éstos y los confirmasen por escrito.

Muy poco se han estudiado estas comunidades o universidades (ya lo lamenta Costa) que, en el afán de mezclar las instituciones de León y Castilla y las tradiciones de ambos pueblos, se confundían generalmente con el municipio, la corporación popular más importante de los países de la corona de León y en general de toda España, pero secundaria en Castilla. Las comunidades castellanas no salen del territorio castellano propiamente dicho: no cruzan el Pisuerga ni se extienden al sur de Toledo.

Probablemente la comunidad más interesante de Castilla, no sólo por ser una de las mayores (con las de Soria, Avila y Cuenca) y más ricas, sino principalmente por su magnífica historia civil, es la de la Ciudad y Tierra de Segovia, tan arraigada en el pueblo que ni siquiera tenía fuero escrito, rigiéndose principalmente por la costumbre. Comprendía cerca de ciento cincuenta pueblos, algunos de ellos fundados por la misma comunidad: toda la tierra segoviana, de ambos vertientes de la Sierra de Guadarrama, parte de la cual pertenece a la provincia de Madrid desde la moderna división administrativa de España, al modo centralista francés. Entre los lugares allende puertos — como dicen los documentos antiguos — figura el que hoy ocupa el famoso palacio, monasterio y panteón de El Escorial, a propósito de cuya fundación vamos a referir un hecho en apariencia trivial que, sin embargo, encierra a nuestro juicio profunda significación.

Como es sabido, la grandiosa construcción del Escorial fué erigida por Felipe II en acción de gracias al Todopoderoso, que concede o niega el triunfo a los ejércitos, por la victoria de San Quintín y además para que sirviera de gigantesco panteón de los restos de su padre. Dos años gastó el rey en buscar y elegir el sitio, recorriendo por sí mismo la cordillera carpetana en una y otra de sus estribaciones y haciendo recorrer diferentes lugares a la comisión científica que con tal fin nombrara. El definitivamente aceptado fué la Dehesa de la Herrería inmediata a la entonces aldea del Escorial, término antiguo de la Comunidad de la Ciudad y Tierra de Segovia. Pero como la tierra comunera, por fuero de origen, no era de la corona, el poderoso rey, que con una cédula concedía en el Nuevo Mundo provincias enteras a sus vasallos, para edificar su propio palacio en la de Segovia hubo de solicitar de la Comunidad la compra del terreno, que le fué concedida; lo que motivó la protesta del alcalde de Galapagar, famosa entre los segovianos curiosos del pasado de su pueblo.

Cuéntase — dicen las historias después de referir la reunión celebrada en 30 de noviembre de 1561 en Guadarrama entre las personas designadas para conocer el sitio mejor — que, para cumplir la premática, mandó el rey hacer una in-formación a su juez de bosques, que procede, a recibir declaración de los vecinos de las aldeas y tomando su dicho a un alcalde de Galapagar le dijo éste:

«Asentad que tengo noventa años, que he sido veinte veces alcalde y otras tantas regidor, y que el rey hará ahí un nido de oruga que se coma toda esta tierra; pero antepóngase el servicio de Dios.»

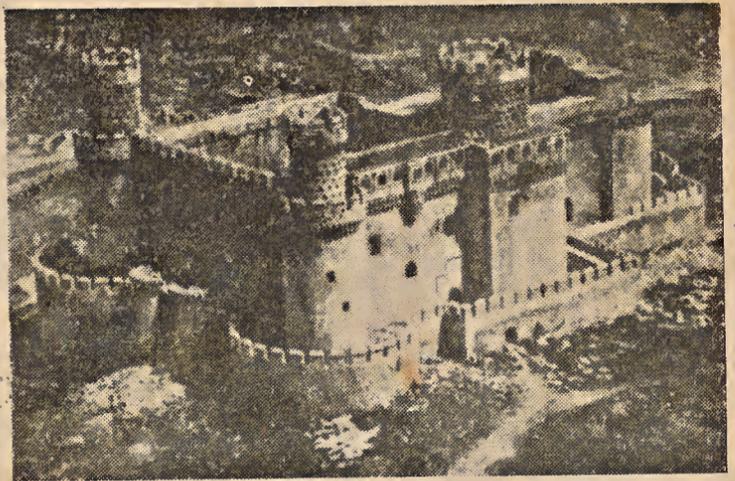
Así hablaba, oficialmente, un labrador castellano, alcalde de su pueblo y regidor comunero, de su rey Felipe II, el hombre más poderoso de la época.

La declaración de nuestro alcalde, además de un alto concepto del deber, que le induce a protestar aun sabiendo lo inútil de su oposición, revela un agudo sentido político. Por el cargo de regidor de su concejo, conocía perfectamente el pleito que la Comunidad sostenía desde el año 1480 contra los Marqueses de Moya, el alcalde Andrés de Cabrera y su mujer Beatriz de Bobadilla, favorita de la Reina Católica cuando ésta les concedió, contra fuero, mil doscientos vasallos del sesmo de Valdemoro, con cuyo motivo se apoderaron los marqueses de un gran número de pueblos de la Comunidad (Chinchón, Villaconejos, Brunete, Ciempozuelos y Seseña entre ellos); faltando así la augusta y alabada señora

— tan fácil en prometer como en incumplir lo prometido, según conviniera a sus reales intereses — al solemne juramento que hizo al pueblo de Segovia de respetar todas sus franquezas, cuando la proclamó reina de Castilla en 1474. No se conformaron los segovianos con el atropello, del que protestaron con gran escándalo y alboroto, y el concejo de la Comunidad entabló un pleito que duró ciento doce años y terminó con una concordia en la que los procuradores de la Tierra de Segovia dejaron consignado que los Reyes Católicos no pudieron hacer tal merced por no ser aquellos pueblos de la corona real. Sabría muy bien el buen alcalde las disputas que las comunidades de Segovia y Madrid sostuvieron sobre el mejor derecho al Real de Manzanares y que el Rey Sabio — haciendo honor al título que la historia le ha otorgado — no encontró mejor manera de resolver que reservándose para sí la posesión de la disputada comarca; pero la Comunidad de Segovia no se resignó y recuperó el Real de Manzanares; para perderlo otra vez cuando Juan II hizo merced de él al Marqués de Santillana, D. Íñigo López de Mendoza, el inmortal autor de las célebres serranillas, que también fué astuto cortesano. Tendría igualmente conocimiento del pleito que la Comunidad sostuvo con motivo de la donación que el mismo Juan II hizo de la villa y castillo de Batres a Garcilaso de la Vega, abuelo del famoso poeta y capitán; y de las mercedes que D. Enrique el Doliente concedió a los monjes cartujos en los bosques del Paular, causa de numerosos perjuicios para Segovia y los pueblos de su Tierra; y la historia de otros muchos despojos del patrimonio de la Comunidad en favor de los reyes, los nobles o la Iglesia. Su experiencia y su instinto le decían claramente cuán difícil era defender la propiedad comunera cuando la Iglesia o los reyes levantaban en ella alguna de sus espléndidas mansiones.

Y no se equivocó el viejo. No contento Felipe II con la adquisición de la Dehesa de la Herrería, a medida que su fundación iba creciendo, hizo villa al Escorial y lo declaró fuera de la jurisdicción de la Comunidad, le concedió después terrenos de ésta para el ensanche de su dehesa boyal, separó los términos en beneficio de la villa de su predilección,

El Real
de
Manzanares



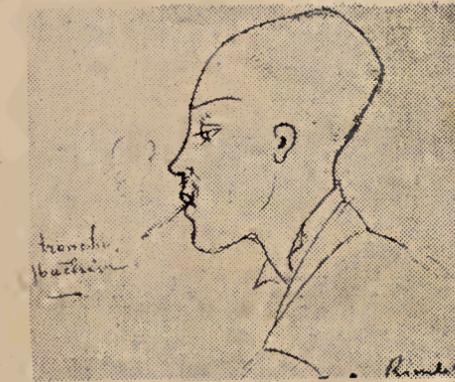
empleando un procedimiento utilizado ya por reyes anteriores para destruir las grandes comunidades, el fraccionamiento en otras pequeñas y la separación de pueblos de su jurisdicción; vedó la caza en el espacio de dos leguas alrededor del real sitio y, con pretexto de la caza, puso dificultades a los vecinos de la Ciudad y Tierra en sus legítimos apovechamientos. Todo ello sin contar las muchas contiendas que suscitara a Segovia los monjes del monasterio. Más adelante otro «nido de oruga» real, el de la Granja — y antes el del Pardo —, se comería las mejores propiedades de la Comunidad, sin que en este asunto se

beneficiara en nada el servicio de Dios a que aludía el alcalde con cristiana resignación ante el hecho consumado, sino únicamente la corona.

El dicho de este ejemplar alcalde causará asombro entre quienes ignoran la sencilla democracia de nuestras viejas comunidades. Para el de Galapagar la frase castellana «nadie es más que nadie» no era mera retórica; a juzgar por sus palabras, no se refería al rey con más ceremonia que a cualquiera de sus vecinos; ni seguramente trataba a éstos con menos respeto que al monarca.

Anselmo CARRETERO.

CENTENARIO DE ARTURO RIMBAUD



En Francia, donde las conmemoraciones son más que frecuentes, se viene celebrando con diversos patrocínios el centenario de Arturo Rimbaud (1854-1891) poeta tan genial como discutido. De él dijo Verlaine que era «un ángel en el destierro», mientras que Rem y de Gourmon lo calificó de «sapo pustuloso». Hoy, la polémica continúa entre clásicos y vanguardistas, mas, por encima de todo, su obra se reconoce como la del creador de una nueva conciencia poética.

Arturo Rimbaud, en 1875, visto por E. Delahaye.

ESPAÑA. TIERRA

• Viene de la página 4 •

por el primer bandido andaluz histórico; bandidos serían los mozárabes que sufrieron las persecuciones religiosas de los árabes en Córdoba; bandidos fueron, en el siglo XII, los mozárabes que se rebelaron en Granada con la ayuda de Alfonso «El Batallador», primero de este nombre, y que, derrotados, fueron enviados a Marruecos por el emperador Alif.

Pienso que la simpatía popular por los desgraciados que se obligaban a echarse a la sierra se cumplió en adornarlos con las mejores prendas personales; aun el «contrabandista valiente», hombre de hazañas concretas bastante vulgares y con cuartel en Sierra Bermeja, entre Gibraltar y Ronda, beneficiaba de esa simpatía, por llevar como los bandidos vida andariega y arriesgada, y por vivir al margen de la ley; y acaso ya más tarde un primitivo bandido, una especie de proto-bandido, si lo hubo, se comportó con grandeza de alma tal, que la gente sencilla de entonces, olvidando poco a poco y sin darse cuenta la vulgar realidad de la huida a la serranía, se puso a considerar al bandido en sí, de lo que resultó un tipo de bandido convencional, más hijo de la ternura idealizadora del vulgo que de su desgracia y de sus propias acciones. La imaginación popular acabó pronto por dar forma perfecta a la obra. La verdad es que, tradicionalmente, el bandido ha venido siendo considerado como un tipo en sí, por él mismo, sin que el personaje pudiera aparecer susceptible de ser influenciado esencialmente por las contingencias de sus contactos con el medio. Para que la poesía no sufriera merma con el estorbo de detalles vulgares, la gente, voluntariosa, olvidaba cada vez las circunstancias iniciales de cada escapada bandidera, admirando sin reserva al campeador de montes y cortijadas, del que las andanzas y acciones no podían ser diferentes de las que todo el mundo creía posibles y naturales en un bandido. En realidad, y en la opinión

vulgar, el bandido nacía y terminaba en él mismo, en su psicología, en sus sentimientos de generosidad y de justicia. Las relaciones del bandido con el medio eran puro accidente. En reciprocidad, el bandido no era ya sino el acomodo perfecto de un hombre con ese tipo convencional del bandido poético de las gentes. Ser bandido, una vez en los campos, resultaba empresa fácil, pues bastaba con acomodarse al tipo de bandido establecido, a la opinión generalizada sobre él. Si, alguna vez, algún pretendido bandido se salía de las reglas, cosa que ocurría a veces, la gente lo creía un falso bandido, un impostor, un fascineroso vulgar. En mi niñez, todo el mundo venía en que el bandido era un hombre que corría los montes montado en una buena jaca, vestido a lo bandido y llevando un buen trabuco naranjero; era hombre que no mataba sino para defenderse o para castigar a los malos con arreglo a su justicia, que era siempre justa y sin trámites; robaba a los ricos y repartía lo robado a los necesitados que encontraba a su paso; aparecía por sorpresa en los cortijos, donde se hacía servir de comer huevos con torreznos, siempre huevos con torreznos, y de paso castigaba a los amos o aperadores que se habían ido de la lengua a propósito de sus lugares de correría; era, en fin, un nuevo Don Quijote, un desfaceador de entuertos salido del pueblo, en trance de ganarse a puños su hidalguía. Como, en la época de mi niñez, el plebécito cordobés estaba aislado (por lo que los grandes temas de conversación escaseaban), se hablaba a cada instante del bandido de turno, ni más ni menos que como se hacía hace un siglo en los pueblos visitados por Gautier. Y qué cosas se contaban del bandido. Una vez, éste, desafiando a la guardia civil, había bajado al pueblo a ver a su madre o a su novia; otra vez, había libertado a un preso; o había «ajustado las cuentas» a alguien; o había socorrido a una familia menesterosa; o había escapado a una gran batida organizada para darle caza; o había asistido a la misa del al-

ba y depositado en el cepillo del culto una limosna regia con que el cura pudiera decir una misa por el alma de algún deudo o en homenaje a una virgen de su devoción, porque es justo decir que los bandidos eran frecuentemente buenos cristianos y temerosos de Dios. De vez en cuando aparecía en el pueblo un rapsoda de bandidos, quien instalaba en la plaza, a la hora del mercado, su tenderete, y allí vendía, como si fuera pan bendito, el «papel» con las hazñas de un bandido que a veces no tenía otra realidad que la que le otorgaba la ficción poética del romancero buscavidas; el cual, para hacer la boca agua a los embobados circunstanciales y decidirlos a adquirir la mercancía, mostraba con un puntero sobre un cartelón toscas pinturas en colores que pretendían ilustrar el relato:

Era una vez un bandido;
Juan Antonio se llamaba.
Vino hasta Utrera a caballo
a eso de la madrugada.
Lleva trabuco terciado
y patillas en la cara...

La mayoría de mis convecinos no sabía leer, lo que no era obstáculo para que todos compraran las coplas, que, después, eran leídas en el tajo por alguno de los pocos que «sabían de letra», comentadas a coro con encomio y admiración, y hasta aprendidas de memoria.

La del bandido es una mística más de los españoles andaluces, empeñados tozudamente a cada momento en acordar las realidades más vulgares con sus fantasías desenfundadas, curioso ejercicio que es común en mayor o menor escala a todos los españoles desde los Pirineos hasta Tarifa, desde Valencia hasta Extremadura. Por algo Don Quijote se topó, en su viaje a Barcelona, con un Ricart cualquiera. Yo sé bien, yo siento que, si mis convecinos hacían servir al bandido en los cortijos huevos con torreznos, jamás otra cosa, es porque ellos mismos, todos pobres y poseedores de un estóma-

Cultura hebrea en Cataluña

• Viene de la primera página •

Durante el siglo XII y en la transición del XIII los judíos catalanes producen figuras notables dedicadas a actividades intelectuales muy variadas: Samuel ben Hasdai Halevi (1165-1215) filósofo, Scheschet ben Benveniste el Naci (muerto en 1203) filósofo, poeta y médico, Judá ben Isaac ben Sabbatai, novena y poeta, lo mismo que el médico José ben Sabara, que son los últimos representantes de la poesía neohabraica de la época de Maimónides (1135-1204). La filosofía de este gran pensador comenzó pronto a tener influencia en Cataluña, representándola el barcelonés Abraham ben Hasdai.

Después de la muerte de Maimónides (1204), Gerona se había convertido en un gran hogar de cultura hebrea ortodoxa, refractario a toda influencia filosófica y ligada estrictamente al Talmud, en donde se cultivaban los sentidos recónditos y trascendentales de aquel por la « Kabbala ». De aquí la lucha con los maimonistas que seguían a su maestro en querer incorporar a las doctrinas judaicas la filosofía aristotélica y que representaba en el sur de Francia el rabino de Montpellier Salomón ben Abraham, quien encontraba herejías en todas partes y creía que el triunfo del filosofismo representaría la destrucción del judaísmo, no siguiéndole por este camino los rabinos de Provenza. En cambio encontró la ayuda de sus dos discípulos David ben Saul y Jonás ben Abraham de Gerona (nacido en 1180), quien tuvo largo tiempo una escuela en Barcelona, de la que salieron discípulos ilustres como Salomón ben Adret. La lucha contra el maimonismo agitó largo tiempo las comunidades judías de Cataluña, Aragón y Castilla y dió lugar a la intervención de la Inquisición cristiana, recién establecida en Provenza, y a que en muchos lugares se quemasen los escritos de Maimónides en 1244. Estas persecuciones hicieron reaccionar a los rabinos de ambos lados del Pirineo y Jonás de Gerona, arrepentido de su actitud anterior, confesó sus remordimientos ante la sinagoga de París y dió cursos, hablando con gran respeto del maestro de Córdoba, en Barcelona y Toledo, en donde murió en 1263.

El primo de Jonás de Gerona, Moisés ben Nahman, conocido popularmente

por Ben Astruc de Porta, médico y filósofo fué también contrario a las ideas de Maimónides, aunque respetuoso con su persona y uno de los principales propugnadores de la Kabbala, sostuvo una controversia en el palacio real de Barcelona con el dominico Cristiá, antiguo judío converso, ante Jaime I y San Raimundo de Penafort, en 1263, y terminó a los 77 años de edad emigrando con su familia y sus discípulos a Palestina, en donde todavía prosiguió sus enseñanzas. Otros dos judíos gerundenses, Azriel y Ezra fueron los primeros en sistematizar la Kabbala, tratando todavía de conciliarla con el espíritu filosófico, que le era opuesto irreductiblemente en otro kabbalista también de Gerona: Jacob ben Scheschet (1243).

Entrado el siglo XIII, se hallan en su apogeo las aljamas catalanas. Además de la de Gerona, las de Barcelona, Perpignan, Cervera y Valencia, alcanzan gran prosperidad y sostienen escuelas importantes con donaciones de los judíos ricos. José Cohen fundó en Tortosa un estudio para los judíos pobres. En relación con las comunidades y escuelas de Cataluña se hallaban las comunidades del sur de Francia, en Montpellier, Lunel Narbona y Béziers.

Jedaiah Hapenini (segunda mitad del siglo XIII y primer tercio del XIV) de Barcelona cultivó la filosofía moral y fué admirador de Maimónides, divulgador de Avicena y polígrafo. Jafuda ben Astuc, filósofo, llamado Bonseñor, José

Caspi, exegeta son otros nombres de judíos ilustres de la época.

Jaime I había sido un rey tolerante para todas las razas de sus estados y protector de los judíos. Después de su muerte, la situación de los judíos levantinos empeoró, pero todavía durante mucho tiempo ocuparon puestos importantes y se les encargó de misiones diplomáticas, en tiempo de Jaime II, aunque se habían dictado medidas restrictivas y se les promovía tener cargos que llevasen aneja jurisdicción sobre los cristianos.

En Francia habían sido perseguidos y expulsados y muchos ruginos se refugiaron en Cataluña, en donde contribuyeron a intensificar la cultura rabínica sobre todo en Mallorca, que se convirtió en un nuevo hogar de cultura hebrea, especialmente para las ciencias experimentales en los siglos XIV y XV. Durante el siglo XIV hubo movimientos populares antijudíos, saqueándose el « Call » o judería barcelonesa en 1348, movidos en otras poblaciones y, en 1391, por contagio de un movimiento iniciado en tierras castellanas, una matanza de judíos en Barcelona, destruyéndose el « Call », contra lo que reaccionó noblemente el conde-rey Juan I, castigando con la muerte y con multas a los culpables.

Estos acontecimientos y las luchas doctrinales interiores de los judíos hicieron decaer durante el siglo XIV el brillante movimiento filosófico anterior. En 1306, el sínodo de Barcelona, presidido por Salomón ben Auereth, quien por espacio de cincuenta años ejerció el supremo magisterio sobre las sinagogas de la península y que tuvo gran influencia incluso en el extranjero y que había sostenido una controversia en sus escritos con el filósofo cristiano catalán Ramón Martí, había prohibido a los judíos dedicarse a los estudios filosóficos antes de los 25 años de edad, medida contra la que protestó Jedaiah Hapenini. En el último tercio del siglo XIV se inició un renacimiento filosófico judío que presidieron tres figuras importantes: Isaac ben Xeixet Bariat (1336-1408), Isaac ben Moisés Levi (llamado también Profiat Duran y Efofi) y Hasdai Cresques (1340-1410). Este último fué uno de los mejores pensadores del siglo XIV, muy influyente en la corte de los condes-reyes y en el mundo intelectual europeo, debiéndose mencionar entre los que sintieron su influencia Pico della Mirandola, Giordano Bruno y Spinoza.

La influencia judía catalana en otros órdenes fué también notable; en las universidades del sur de Francia profesó Jacob ben Mahir ibn Tibbon (llamado don Profiat), 1245-1312, quien fué decano de la Facultad de Medicina de Montpellier, estudió las desviaciones del eje de la tierra e inició una escuela médica en que su familia intervino durante tres generaciones. Asimismo fué grande la influencia de la cartografía mallorquina, cuyo apogeo señala la rama mallorquina de los Cresques; Abraham y su hijo Jafuda. Este último, convertido al cristianismo después de los sucesos de 1391 y llamado entonces Jaime Ribes, fué llevado por Martín I a Barcelona y luego por el príncipe Enrique el Navegante a Portugal, en donde dirigió la escuela cartográfica de la Universidad del mar de Sagres.

J. BOSCH-GIMPERA.

BREVES

• El número de alumnos de segunda enseñanza en España es de 77 por cada 10.000 habitantes, mientras que en Italia se cuentan 174, en Dinamarca 206, en Francia 218, en Inglaterra 374 y en Estados 432.

• Jesús Iribarren, director de la revista « Ecclesia » ha sido destituido de su cargo por haber publicado unos artículos en pro de la libertad de prensa.

• Al catedrático catalán Gibert Queraltó se le ha elegido como miembro del consejo de la Sociedad Internacional de Cordiología.

• En el teatro Argentina, de Roma, y ante numerosa concurrencia, ha obtenido un completo triunfo el pianista extremeño, de 19 años de edad, Esteban Sánchez Herrero.

• A propósito de los libros de texto en los colegios, institutos y facultades españolas, dice un periódico de Madrid que son « caros y malos ». Además, según el mismo periódico, los textos se renuevan con frecuencia, sin mejorar de calidad, haciendo con los alumnos una especulación escandalosa.

LOS FRESCOS DE LA FLORIDA (FRANCISCO DE GOYA)



Goya: « Antes de la corrida ».

Contra el rigor del Escorial y El Pardo, kirieleisón, incienso, agua bendita, se alzan los « frescos » de la antigua Ermita y el Arte esgrime su pincel gallardo.

Contra la tierra en yermo, contra el cardo, el Manzanares su rondel recita y entre las carcajadas de afrodita la Tentación huele a mujer y a nardo.

Ni el nuevo Conde-Duque de Olivares podrá del campo desterrar la grama, ni el cielo que retoza en los altares ;

ni la jocunda Primavera en brama que lleva hasta Aranjuez el Manzanares y va de La Florida al Guadarrama.

ALFONSO CAMIN

ID IE IB AN ID II ID OS

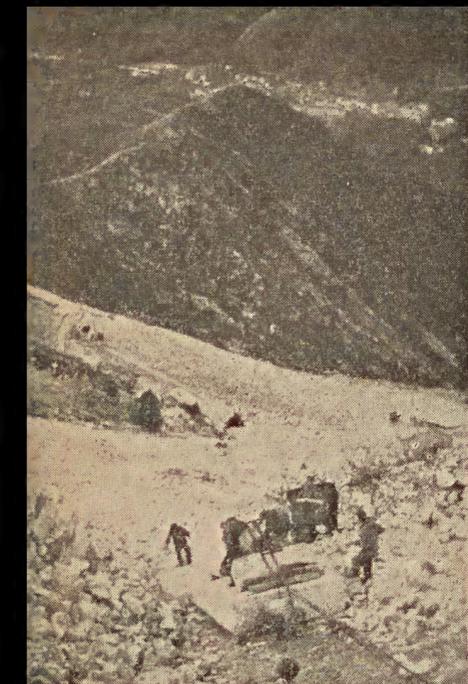
go pocas veces satisfecho, pensaban con frecuencia en uno de los platos preferidos de su modesta gastronomía. Generalícese el ejemplo y tendremos los elementos que componen la mística bandidera, que no es sino aspiración, un anhelo desmesurado, un como creer que las cosas son como nosotros quisiéramos que fuesen, sin que las más grandes fantasías nos parezcan imposibles.

Hay algo de verdad en lo de que los españoles tienen sus ideas especiales sobre lo tuyo y lo mío. El español medio ve en el dinero un medio y no un fin, gasta sin pensar en el mañana, da con largueza o con despilfarro y sin tino lo que tiene — hasta lo que no tiene, dice el lenguaje popular — por natural comiseración o por ufanarse de su gesto, de su desplante dadivoso ; esta manera de administrar dinero y sentimientos de simpatía es general en los españoles, porque la inmensa mayoría de éstos es gente modesta o pobre y porque, como se sabe, son estas gentes las que no tienen nada que ahorrar y las que, por estar familiarizadas con el apuro, se sienten inclinadas a « quitarse el pan de la boca » — ; qué frase tan bella ! — , para dárselo al prójimo. La abundancia, la vida regalada, la sobra de medios endurece quizá el corazón humano ; y yo llegaría a creer posible que mis compatriotas podrían cambiar este modo de comportarse, si las circunstancias fueran diferentes. Pero, en espera de que esto llegue, si ha de llegar, evito divagar sobre este determinismo improbable y vuelvo al hecho concreto de que el español es así, tal y como todo el mundo lo conoce. ¿ Por qué, si no es por esto, la mejor cualidad que se acuerda al bandido es la generosidad ? ¿ Por qué uno de los más famosos bandidos fué conocido con este remoque de « el bandido generoso », que la gente se complacía en añadir a su nombre de pila ? ; Bien hayan, pues, monsieur Gautier, los beduinos del mundo, si tienen en esto del tuyo y mío las ideas que tienen los beduinos ibéricos ! Y ¿ cómo usted, siendo poeta, no cayó en la cuenta de que es-

tos beduinos eran en cierto modo y pour ce don los continuadores de la fabulosa Edad de Oro, así llamada « porque los que en ella vivían desconocían las palabras de « tuyo » y « mío », como dijera nuestro Señor Don Quijote ? Naturalmente, esta generosidad tiene una contrapartida, por otra parte más aparente que real : el poco respeto por el bien ajeno ; en realidad convendría mejor hablar, en vez de contrapartida, de complemento natural. Ambas cosas, liberalidad y... desecho de recuperación temporal, se encuentran en el alma española como consubstancialmente, y buen loco será quien pretenda considerarlas separadamente, fuera de su realidad íntima. Yo he pensado a veces que, si los españoles hubieran inventado su idioma, en vez de tomarlo ya hecho, lo hubieran dotado de un juego de posesivos más en armonía con sus sentimientos de posesión. ; Quién sabe ! En el fondo, esto es sólo una humorada mía. Pero no cabe duda de que estos adjetivos cuando son empleados por los españoles, no son suficientemente elásticos, responden mal al sentimiento que, para exteriorizarse, necesita utilizarlos ; por ejemplo, la resonancia que tiene para un español el posesivo de segunda persona no es la misma en las expresiones « tus ojos », « tus brazos » que en las expresiones « tu casa », « tu dinero », « tu mujer » ; otro ejemplo : muchos españoles dicen : « ven a casa » en lugar de « ven a mi casa », y esto lo dicen no por buena educación, como afirman los manuales de gramática, sino porque creen que su posesión de la casa es puro accidente. Por tanto, quién lo diría, el español es el ser más miista del mundo ; cuando el español dice : « mi esto », « mi aquello », parece referirse a algo que forma cuerpo con su propio ser. Pues ¿ cómo explicar esto que parece una contradicción ? Yo lo explico así : el « mi » del español, aunque a veces él lo pronuncie con fuego de trágico antiguo, es un « mi » puramente gramatical, de circunstancias ; y este dramatismo en que a veces va encuadrada la expresión miis-

ta no es sino la forma externa de la lucha de dos conciencias, la que constituye el « yo fundamental » del numano español — por emplear la expresión de Bergson — y la conciencia postiza que la vida de relación impone. Como el español es absolutista en todo, metafísicamente absolutista, aun las manifestaciones de su raiisa conciencia son por fuerza dramáticas. Por acabar con los adjetivos, digamos que, por su imposibilidad de servir en el lenguaje las ideas de posesión del español, este se ve obligado a categorizarlos, si no en la letra, como yo hago ahora, si en su intimidad. Así, para el español, el « tu » y el « su » no son sino expresiones de socorro en el lenguaje, el « tu » y el « su » no existen ; sólo existe « el nuestro », « la nuestra », « lo nuestro ». Y el « mi », es sólo un grito de representación, que se va en busca del « tu », a las sombras de la nada, tan pronto como el español, abandonando la escena, se muestra tal cual es. Hay, además, todo un lenguaje de frases hechas, de apotegmas, de dichos adecuados a mil situaciones, que parece corroborar todo lo que vengo diciendo ; y, a este respecto, mencionemos una sentencia : « Lo que hay en España es de los españoles », expresión que todos repiten a placer y que alude al alcance ecuménico, ecuménico español, que otorga a sus sentimientos de posesión la comunidad española. El español pide con la misma naturalidad con que da ; y, cuando se apropia de lo que otro venía usufructuando, lo hace con lo que podría llamarse ladronería aristocrática, la cual se basa principalmente, a mi ver, en procurar un traspaso de bienes a costa de los grandes afortunados y en no tomar sino lo que necesita para vivir al día. Más de un español de estos impacientes se vería apurado al encontrarse con un voluminoso fajo de billetes, cuando había buscado lo necesario y justo para ir tirando. ¿ Qué hacer con esto ?, se diría. A buen seguro que, o lo devolvía, o lo gastaba en un santiamén. Y mañana... ; mañana Dios dirá !

J. CAÑADA PUERTO.



Oxidos de hierro, manganeso y aluminio	0,0825
Silices, trazas de ácido fosfórico, etc	0,0961
Arena de cuarzo	0,1558

La calidad del mármol tiene en cuenta el color y la compactibilidad del grano. Así se dividen en « crudi » o « fieri » que son aquellos que al romperse presentan una superficie plana y limpia, sin irregularidades ; « deboli » o « fragile » los que se rompen con más facilidad y en los que el grano es menos compacto y casi siempre más grueso ; « nudosi » los que presentan nudos, espacios donde el grano tiene diferente grado de apretamiento, lo que da sitios propuestos para romperse y también los que llevan « catenelle » (cadena) de cuarzo o esmeril ; « filaderi » si tienen « peli » (rajas) debidas a golpeo o explosiones ; « vermicellati », « tarlati », etc.

El peso específico varía entre el « giallo » (amarillo), que viene a pesar unos 2.724 kg el metro cúbico y el « statuario » que apenas llega a 2.580.

En el valle de la derecha puede reposar la vista sobre una alfombra de verdes, salpicada aquí y allí por el ceniciento color de las piedras, pero a nuestra izquierda, los residuos de la extracción poseen millones de partículas en las que rebota el sol como en la pared de un frontón. Es necesario cerrar casi los ojos para no ser deslumbrado por esta cascada de leche solidificada.

Se me dice que en Carrara se encuentran dos calidades del « statuario » ; el unido y el venoso. Esta clase de mármol es la más importante por su belleza y por su utilización en las artes. Es también más difícil de extraer porque únicamente se encuentra en la cima de las montañas. El de primera calidad tiene el grano fino, apretado, homogéneo y de color blanquísimo o tirando a carne, como la estatua orante de Pío IX en la Iglesia de santa Maria la Mayor de Roma, donde por cierto se encuentra una de las más variadas y hábiles decoraciones hechas con carbonatos calcáreos.

El blanco claro tiene ligeras manchitas oscuras o negras, y el venoso presenta venas, regulares o no. Ambos son muy abundantes en Carrara, como el azul turquesa que casi siempre presenta venas blancas o negras y que también se llama « azul de Carrara » aunque haya sido extraído en otra parte. El « rojo antiguo de Carrara » presenta un color rojo oscuro pero vivo, con manchas amarillas y rayas blancas.

En cuanto a la resistencia del mármol, varía pero puede decirse que es aproximadamente la cuarta parte de la del granito. Por eso apenas se usa en la construcción. Los intentos que se realizaron en Italia para construir carreteras aprovechando el número o cascote proveniente de las explosiones y sobrante de la explotación de los grandes bloques, dieron tan pobres resultados que se ha abandonado su empleo. En las cercanías de las canteras, se usa en la construcción de vi-



La Venus del Capitolio

EL MARMOL DE CARRARA



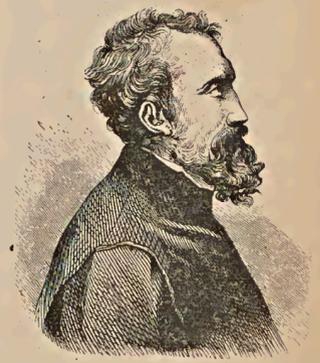
N 1564 falleció en Roma, a los 89 años de edad, uno de los hombres más extraordinarios que nos han precedido desde que el mundo existe : el toscano Miguel Angel Buonarroti. Fué un excelente arquitecto, al que se debe, entre otras obras, la terminación de la basílica de san Pedro de Roma ; un destacado matemático ; un buen poeta del que se conservan excelentes composiciones ; un magnífico pintor, cuyos frescos de la Capilla Sixtina se cuentan entre los mejores que han salido de la mano del hombre, pero destacó sobre todo en la escultura, pudiendo considerarse como el más grande escultor de todos los tiempos, tanto por la energía de líneas, como por el matemático sentido de las proporciones o por la fuerza expresiva de los semblantes. Su « Piedad » en mármol blanquísimo de Carrara, que esculpió a los 24 años de edad es casi insuperable en este aspecto. Dejó Miguel Angel muestras de su talento especialmente en asuntos de carácter religioso, pero no esquivó los temas profanos. En una sala de la planta baja del Museo de Florencia, he podido contemplar un grupo escultórico en mármol representando a Leda y el Cisne, que no tiene nada de místico, pero sí una gran pureza de líneas y demuestra un sentido de la composición admirable.

El capresano marcó con su genialidad el Arte y fué un dominador absoluto

viendas familiares de planta baja y hasta de un piso pero incluso arriba, en la montaña, en las construcciones para los obreros y para resguardar el material hay una buena cantidad de cemento y únicamente se usa el mármol en los casos en que no es necesaria mucha resistencia.

Sin embargo, la variedad de colores, la facilidad con que se corta y sobre todo con que se pulimenta, hacen de él el principal material para la decoración y el adorno de los edificios. Pudiendo lavarse, barnizarse, resistiendo bastante bien el contacto de los jabones y no siendo muy sensible a los ácidos, el mármol es poco menos que indispensable en ciertos empleos.

No es, sin embargo, artículo de primera necesidad. Por ello la explotación comercial sufre mucho de las circunstancias de todas clases. En tiempos de guerra, se paraliza completamente la extracción y, al acabar, hay siempre un período de intensa actividad debido al consumo en estatuas funerarias y lápidas conmemorativas.



Michelangelo Buonarroti. (1475-1564).

La inseguridad del mercado repercute en los medios y sistemas de producción y la explotación se realiza casi al nivel familiar, sin que nadie

por Francisco Frak

se decida a exponer grandes cantidades. Debido a ello, la técnica apenas ha sufrido transformación, como ya hemos dicho, desde los tiempos más remotos. Los nuevos adelantos que posee el hombre para luchar con la naturaleza, no son apenas usados en las canteras de mármol. Se cuenta con la ayuda preciosa de la energía eléctrica y con algunas máquinas especiales ; en cambio, continúa sensiblemente igual el procedimiento para transportarlo al punto de carga, que los italianos llaman « poggi ».

Un sistema que se usaba era el « abrivvo », que consistía simplemente en hacer rodar los bloques de mármol, que, por su propio peso y por lo pronunciado de la pendiente, llegaban así lo más cerca posible del punto de carga. Aparte de la posibilidad de que el mármol se rajase con la consiguiente pérdida del valor comercial, existía el peligro de accidentes personales, por lo que el gobierno italiano, hace ya una cuarentena de años, dictó tales medidas que el procedimiento ha sido prácticamente abandonado.

La instalación de un teleférico capaz de transportar bloques de hasta 30.000 kilogramos, supondría gastos tan elevados que no estarían en proporción con el producto de la venta. En las explotaciones más importantes, se instalan actualmente unas vías sobre las que va una especie de vagoneta en la que se carga el mármol. Todo consiste en dejar el cable que la sostiene desarrollarse lentamente.

del mármol, al que dedicó una atención especialísima. Su laboriosidad e inspiración necesitaban la ayuda del mármol para tomar forma palpable, porque la obra de arte, esencialmente, es el producto de la espiritualidad del artista, fecundando la materia. Ambos elementos son indispensables. La más genial concepción artística es intrascendente ilusión sin la aportación decisiva de la cosa inerte, que fácilmente puede considerarse en un nivel de paridad con el artifice, necesitando ambos, complementándose, siendo imposible la existencia del uno sin el otro, como esos amantes románticos que se suicidan al morir su pareja y, cuando el artista desaparece, raplado por la muerte implacable, su perennidad la asegura la comunión permanente que hay en su obra, entre su personalidad y la cosa perceptible.

Miguel Angel, que no ignoraba esto, fué quien dió auténtica importancia a la extracción del mármol que ya iba tomando vigor desde el siglo XV. El artista buscó la materia prima personalmente, procurando trabajar sobre los mármoles de mejor calidad y legó esta preocupación a sus discípulos, como el genial Juan de Bolonia, que fué asimismo cantero, como Benti, y como muchos otros que heredaron la labor prolija y artística con la más prosaica de la extracción.

En sus memorias, y en la correspondencia que se conserva de estos hombres, hay multitud de detalles sobre tal actividad, y se desprende de ellos la importancia que le concedían y la esperanza con que la realizaban.

Lo más corriente es que sean los hombres con su fuerza personal quienes lo bajen de la montaña. Una vez cortado el mármol en bloques lo más grandes y lo más regulares posibles, es cargado con la ayuda de aparatos elevadores a mano sobre una especie de trineo, hecho con troncos de haya. El problema se reduce a bajar el trineo, haciéndolo resbalar sobre unos trozos de madera, que cumplen una labor intermediaria entre las traviesas de ferrocarril y las vías en los astilleros. Cuando la carga está ya en la pendiente, queda sujeta por tres cables que antiguamente eran de cuerda y que actualmente son de acero, recubiertos de cáñamo trenzado para darles mayor diámetro. Estos cables se enrollan a unas columnas de madera « piri » muy bien sujetas dentro de un agujero en la roca, unas veces por el cemento y más corrientemente por la presión de unas cuñas. Los cables son tres : el que sostiene verdaderamente la carga, el de reserva para el caso de rotura o escape del primero y el de cambio. Conforme se va descendiendo cada cable cambia de labor. Un hombre en



La Piedad (Miguel Angel)

los « piri » por las varias vueltas, queda atenuada la carga.

Los « lizzatore » van recogiendo los trozos de madera que quedan libres y los pasan en volandas a otros nombres que se encuentran a los lados del bloque, los cuales los trotan con una especie de jabón para facilitar el deslizamiento y los entregan a su vez a los encargados de colocarlos, verdaderos especialistas, que descienden la montaña con la amenaza de mas de veinte toneladas sobre ellos, sin ver donde ponen los pies, pero esmerándose en la colocación de los « parati », apartando el trozo de mármol que molesta o acercando el que pueda hacer mejor servicio. Su misión tiene mucha importancia. Si se verifica un desequilibrio en la carga, las dificultades para volverla a colocar en condiciones de que pueda continuar resbalando son muy grandes, y téngase en cuenta que, si bien no es fácil que los cables fallen, si pueden hacerlo los hombres, que los mantienen exclusivamente con las manos. Muy raramente debe ocurrir un accidente de esta índole, que no dejaría ninguna posibilidad de vida a los dos hombres que van preparando el camino de la carga, pero no por eso deja de ser impresionante este descenso por pendientes de gran inclinación.

La extracción se realiza de muy distintas maneras. Lo principal es encontrar la mejor calidad. Para ello se usan los explosivos y se abren galerías. Generalmente los mármoles se presentan a flor de tierra, a cielo descubierto. En la « cava » (carrera) que visito, hicieron ayer una perforación con una nueva máquina, que corta el mármol a la horizontal y a una profundidad de hasta metro y medio. Un ligero andamio formado

por unos tabloncillos, está todavía en el sitio. Diez metros más abajo hay una especie de plataforma natural. Se me explica que la posición de este bloque de muy buena calidad, no hace posible el uso del hilo de acero para cortarlo y que los explosivos se encargaron de echarlo abajo. El uso de los explosivos se evita en tanto es posible por las irregularidades que produce en las superficies de los bloques y sobre todo por la posibilidad de ocasionar fisuras en el bloque principal. Esta vez no hay otra solución. Cuando el bloque este en la plataforma interior, se cortará geométricamente y se iniciará su descenso. En Carrara existen muchos establecimientos que trabajan el mármol, reduciéndolo a planchas de diferentes espesores propias para la expedición a distintos puntos de Italia y para la exportación a todas partes del mundo. Los principales clientes son los constructores de edificios y los que se dedican al arte funerario. Los bloques de grandes dimensiones para los escultores se venden menos.

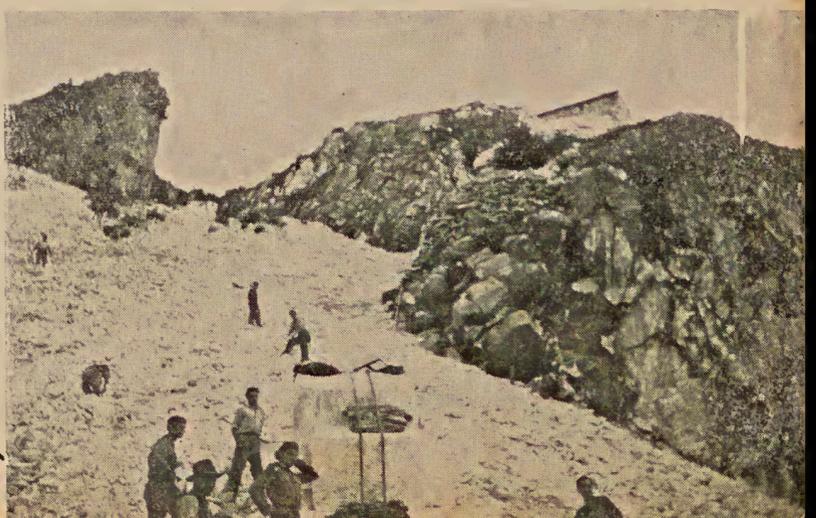
Para cortar el mármol se usa el hilo de acero llamado « helicoidal ». Antiguamente se hacía exclusivamente a mano esta operación. El usado actualmente está formado por tres hilos entrelazados de 5 a 8 milímetros de diámetro que un motor eléctrico acciona a gran velocidad. En distintos puntos de la montaña, buscando el ángulo conveniente, se colocan unas poleas que sirven para que se apoye en ellas el alambre. Los modelos más perfeccionados permiten hacer variar el grado de inclinación del eje. Así instalado, el hilo recorre entre las cumbres a veces varios kilómetros. Para que corte el mármol necesita arena de sílice y agua. El agua presenta un serio problema. La región es bastante seca y no hay que pensar en hacer subir el preciado líquido desde el valle. La sola solución estriba en aprovechar la de la lluvia. Varios depósitos colocados en los puestos más propicios de la montaña, van recogiendo la y la conservan, aunque una buena cantidad se pierde por evaporación. La arena de sílice se puede subir por el pequeño funicular, como asimismo las herramientas no muy pesadas y distinto material. Para llevar el agua al puesto preciso se usan cañerías de hierro. Precisamente he asistido al desmontaje de una de ellas. Tendido entre dos rocas, a sesenta o setenta metros una de la otra, había un cable de acero y sujeto a él, la tubería. Con la arena de sílice y el agua que impide el calentamiento excesivo del cable, se obtienen bloques de mármol de superficies bastante netas. La velocidad de corte es aproximadamente de veinticinco centímetros por hora, independientemente de las dimensiones que tenga el mármol.



Moisés (Miguel Angel)

Las distintas categorías de obreros : « capo cava » jefe o capataz ; « segatore » serrador ; « tagliatore » cortador ; « lizzatore » deslizador ; etc. ganan un promedio de poco más de mil liras por día de trabajo, pero ya he dicho que la explotación sufre muchas fluctuaciones. Se les abonan las horas de trayecto y algunos solteros o con el domicilio lejano, duermen en unas construcciones preparadas al efecto en las cumbres. En los días lluviosos es muy penoso el trabajo y en los días claros, el reflejo de la luz solar sobre todos los pequeños pedazos de mármol que cubren la ladera dándole aspecto de helero, supone también una gran molestia, comparable por sus efectos a las de las regiones nevadas.

Viendo a estos trabajadores en lo más ruído de su esfuerzo, pienso en la colaboración anónima que realizan con el artista. Estos obreros que van dejando su vida en la labor agotadora, son unos colaboradores imprescindible del escultor, el cual alcanzaría gloria e inmortalidad que no hubiese conseguido sin el sudor derramado en este manto impoluto que va desde la cima de la montaña, hasta dejar sus flecos en la entrada de una aldehuela que hay en el valle. Aquí, en estos montes duermen un sueño insospechado desde hace muchos siglos, generales, políticos, sabios, hombres ilustres, a los que los canteros van sacando de su fría tumba marmórea. Los bloques me parecen momias geométricas. Más tarde, el escultor les quitará el último envoltorio y aparecerán a la admiración general como reproducciones exactas de otras estatuas carnales, que irán a pudrirse en un afelpado agujero. Y al contemplar la obra artística, a nadie se le ocurre pensar en el esfuerzo que ha realizado el cantero para extraer y transportar este producto magnífico de la masa montañosa.



EUGENIO D'ORS, EL EUROPEO



A muerto un catalán eximio, un español de alta valía. Hombres hay que no son de su siglo. Hubieron debido nacer en épocas de poderío real; no en tiempos de agitación social, de sentido democrático, en que la conciencia social universal despierta a la vida y reclama sus derechos.

Si el místico rezagado Ricardo León no hubiera desentonado en los días de Santa Teresa de Avila, Eugenio d'Ors, el hombre europeo por antonomasia, hubiera hallado lugar adecuado entre los clásicos por su sentido de la medida, del equilibrio y la serenidad de su espíritu exento de angustia.

Se trata de un catalán de nacimiento, griego por el sentimiento estético, por el sentido artístico, que le viene precisamente de su concepción de la existencia, propia de un ser que lo ve todo a través de un prisma catalán y mediterráneo. No en vano era hijo de catalán y de cubana.

por **JERONIMO DEL PASO**

u catalanismo a trancas y barrancas y sus ideas políticas y religiosas lo sitúan en el polo opuesto de nuestro ideal. Nada importa. Si no lo admiramos como hombre endiosado y como reaccionario cabal, rindámosle pleitesía como escritor meritorio y pensador rico en lucidez, ya que no en profundidad de ideas. No seremos justos al reconocer la excelencia de un enemigo político, afecto a un régimen que detestamos y nos ha convertido en eternos desterrados. Ello será también prueba indiscutible de nuestra imparcialidad, exenta de ceguera y de pasión partidista.

Eugenio d'Ors, el europeo, se expresa con igual facilidad en catalán y en castellano que en inglés, francés o alemán. No se trata de pretensión, sino de poder supremo de asimilación. Como el cultísimo Torres Bodet — otro espíritu europeo — Eugenio d'Ors es amigo por excelencia de Francia. No nos extrañemos, pues el ilustre catalán pasó por la Sorbona y por el Colegio de Francia. La cultura francesa le mordió definitivamente y cuenta entre los pocos españoles que jamás lanzaron amargas diatribas, a lo Baroja, contra las cosas francesas. Hecho extraño que « Arriba », periódico falangista tan hostil a Francia, haya abierto al escritor catalán sus columnas sin cortapisas.

Eugenio d'Ors, frente a Ortega y Gasset y el profesor Zubiri, que tienden a imponer lo alemán, pues que en Alemania se formaron, se inclina más bien del lado francés e italiano por inevitable afinidad espiritual. La claridad mediterránea le seduce, aunque él mismo no sea siempre claro en sus juicios.

Es hombre eminentemente intelectual, clásico. Si Pascal dijo que « el corazón tiene sus razones que la razón no comprende », el autor catalán, admirador de la inteligencia, afirmará que « también la razón tiene sus sentires que el corazón no comprende » ni puede siempre entender.

No hay que creer que, al pensar como hombre europeo, dejó de ser español — el español es también europeo aunque Unamuno predicara nuestro africanismo —. Lo que interesa a Eugenio d'Ors es la búsqueda de la armonía en toda cosa y en el ser, el equilibrio entre elementos al parecer irreconciliables. Define, pesa y mide con entera serenidad clásica.

Si efectivamente existen la carne y el espíritu y fuerza les es vivir juntos, ¿ por qué no tratar de conciliarlos en un todo armónico y desechar por sistema todo barroquismo que venga a turbar el orden? Es preciso formar una síntesis perfecta del ángel y de la bestia, un ser equilibrado, sin estridencias. La búsqueda filosófica de Eugenio d'Ors tiene fuente didáctica y su obra entera, si se exceptúa Guillermo Tell, es digna de alto maestro que, sin regentar cátedra oficial, la halló franca y abierta para exponer sus teorías en revistas y periódicos extranjeros y españoles. Diríase que, cuanto escribe, que no es poco, tiende a convertirse en lección, aunque el tono doctoral esté ausente.

Este « Xenius », este ferviente novocentista, al componer su famoso Glosario, dió a los catalanes la norma y el canon de su estética. No se trata de sistema filosófico, sino de normas que guía la inteligencia y apoya la razón. Es la obra de un intelectual nato, que pone a

la razón por encima de toda cosa, verdadera amalgama inteligente de elementos aforísticos que parten tal vez del platonismo helénico y pasan a través del clasicismo alemán para detenerse en el parnasianismo, tan amigo de la estética, y en el racionalismo del siglo XVIII.

Todo es en Eugenio d'Ors estética, no existe en su obra, bastante densa, preocupación existencial. La agonía pascaliana y unamuniana se le escapa, no la comprende. El problema fundamental del ser está ausente de sus dichos sentenciosos que se vierten en glosas rápidas, enérgicas, tan variadas como los colores que llenan la pupila de este escritor y que de modo tan magistral refleja.

Es un esteta dotado de un humanismo tan condescendiente como el que adornó a Cervantes.

Nada tiene de extraño que el terrible Unamuno, al comentar *La Ben Plantada*, escrita en catalán, haya exclamado una vez más, como hiciera al dirigirse al altísimo Maragall:

« Seréis siempre unos niños, catalanes! Os ahoga la estética! (De esto y de aquello, III, 531). »

No obstante su estecismo, d'Ors mantiene una posición personalísima, que proclama la supremacía de la razón, del intelecto, del equilibrio racional, consciente, de la humanidad, del hombre, ser inteligente, frente a cuantos admiten el sufrimiento anímico, la propia agonía, como grita Unamuno, y frente al bergsonismo intuitivo. Para Eugenio d'Ors, catalán barcelonés y mediterráneo, esa ley, esa especie de norma en que brilla la medida, vive el equilibrio y surge siempre lo racional es no sólo indispensable, sino fundamento y base de su pensamiento en todo instante. De aquí que, por natural tendencia e instinto, rechace la angustia, lo patético, la lucha por descubrir lo que el ser lleva en su propio interior.

No es filósofo en el verdadero sentido del término, sino más bien teorizante, genio sutil que juega con las ideas y levanta con ellas castillos de agudeza. No crea un nuevo sistema, sino que teoriza y, al hacerlo, no se sale nunca de ese molde de glosa, que da su propia medida, lo diferencia de los demás y apunta, más bien que resuelve, los problemas que son objeto de su preocupación. No difunde inquietudes filosóficas, sino que esparce ideas estéticas.

Creyente convencido, es antimaterialista y rechaza el positivismo y la investigación científica. Se muestra en todo y por todo digno representante de la tradición católica española. Es un ególatra aristocrático que convierte en halo estético cuanto piensa e imagina.

Empieza por escribir en catalán. Sus obras *Glosario* y *La Ben Plantada* pertenecen a este período. En el *Glosario*, como dicho queda, expresa lo esencial de sus ideas de modo aforístico y sentencioso, en glosas llenas de vida, con lenguaje sobrio conceptual y, a veces, un tanto críptico.

La Ben Plantada, llamada Teresa y nacida en Asunción, quiere ser una alegoría de Cataluña, si no estamos en error. Esa mujer, esa « bien plantada », esa Teresa, símbolo del pueblo catalán, a lo que pretende d'Ors, ¿ se expresa en catalán? Como criolla, fuerza le será hablar castellano, no la lengua del inmenso Maragall. Esta obra tiene, sin duda, una clave.

D'Ors se ha equivocado, sin embargo, al elegir a una criolla de Asunción como « bien plantada ». No se dió cuenta de que su heroína, si hablaba catalán, se expresaría con artificio y sería entendida por una región y no por todo un pueblo. *La Ben Plantada* es « un ensayo teórico sobre la filosofía de la catalanidad » (De esto y de aquello, III, 129). Se trata de una especie de « pequeño evangelio estético-político » (Ibidem, 530). Esto es todo. Que lástima que Eugenio d'Ors haya querido convertir en estatua de mármol, en iría perfección, lo que era, en realidad, mujer ardiente, hembra de carne y hueso — huesos y sangre —!

No nos hacemos cruces al leer en Unamuno lo que sigue:

« ¿Tiene, « Xenius », le dice a éste la Teresa ideal o transfigurada, la que escapó de la anécdota, como me he dado y como has tenido tú la mejor parte. ¿ Había de turbarte un novio, una miserable anécdota epitalámica? Como tu me has poseído, « Xenius », jamás hombre me poseerá en la tierra. Tú formulaste mi definición, que es una manera de conquista. Tú aprendiste de mi esencia y la desparramaste por el mundo. Tú aspiraste mi encendida fragancia y contemplaste desnuda mi entelequia... »

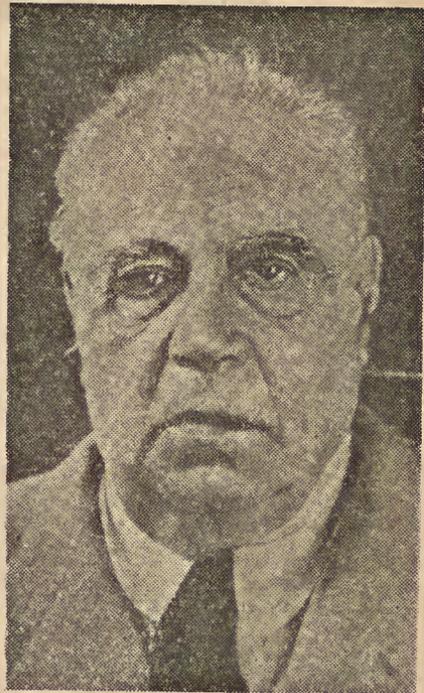
Y mientras la Teresa transfigurada le decía esto a « Xenius » en su catalán puro y bien ceñido, la otra Teresa, la histórica, la anecdótica, la que lleva generosa y ardiente sangre de almogávares, ésta decía a su marido ternezas en el cálido castellano que aprendió en la Asunción (De esto y de aquello, III, 541).

En efecto, la bien plantada Cataluña se baña en espuma mediterránea y es semillero de ideas. Sin embargo, esa Cataluña de Eugenio d'Ors, está bien como idealidad, no como realidad cumplida. Si no sale de sí misma mediante la lengua regional ¿ quién la conocerá en el mundo? « Los pueblos, nos dice Unamuno, no se hacen con traducciones integrales de Menandro » (Ibidem, 542).

Eugenio d'Ors ha brillado sobre todo como crítico de arte, ya que no ha ejercido la crítica literaria, que es hoy una verdadera merienda de negros en España.

Tiene, como crítico, intuiciones originales y es el primero que ha hablado en el dominio artístico de las « formas que pesan » y de las « formas que vuelan », fórmulas que se han impuesto definitivamente.

En sus comentarios sobre arte se mezclan lo literario y lo artístico de tal modo que forman un todo único perfecto y equilibrado. Su originalidad, como decimos, a la vez que el hondo conocimiento de las artes, lo han convertido en autoridad indiscutible aun en el extranjero, donde se le admira y respeta.



A este género de crítica artística pertenecen sus obras *Tres horas en el Museo del Prado* (1922), libro utilísimo, *Poussin y El Greco* (1922), *Cezanne* (1924), *El arte de Goya* (1928), y *Pablo Picasso* (1930).

No queda tiempo ni espacio para hablar con detenimiento de cada una de esas obras, a las que es preciso añadir *La vie de Goya*, escrita en francés. Basta decir que constituyen, verdaderas lecciones de buen gusto, la armonía de expuestas con hondura y originalidad. El lugar común no brota en ellas; son lecciones de buen gusto la armonía de la forma se adapta a la sutileza y equilibrio del pensamiento dorsiano.

Eugenio d'Ors no ha formado escuela; pero su influencia, sobre todo en Cataluña, ha sido evidente durante estos últimos cincuenta años.

Ha muerto un gran catalán y un egregio español. A fuer de enemigos políticos leales — no juzguemos su apego al régimen franquista — perdonamos hoy sus yerros — ¿ quién no los tiene o los ha tenido? — y rendimos homenaje al eximio europeo, al amigo de Francia, al escritor de talento que fué Eugenio d'Ors, que se complacía en llamarse « Xenius ».

ANTENA DEL MUNDO

ITALIA LOS EXPLORADORES DEL « QUATROCENTO »

En relación con las manifestaciones celebradas este año como homenaje a Marco Polo y a Américo Vespuccio, en Venecia y Florencia, respectivamente, la Biblioteca Trivulziana de Milán ha organizado una exposición de manuscritos y documentos relativos a las actividades de los exploradores italianos de la época. Entre los documentos más preciosos de esta colección figuran: la « Cosmografía » de Ptolomeo, de 1477, con tablas iluminadas de Taddeo Crivelli; el libro de Marco Polo sobre los tártaros y las Indias orientales y el « Isolario », de Benedetto Bordone, de 1528.

AFRICA DEL SUR LA INVESTIGACION METEOROLOGICA

Funciona actualmente en Pretoria (Unión Sudafricana) una oficina meteorológica que establece diariamente mapas sobre las condiciones de la alta atmósfera. En esos trabajos participan especialistas cuyo objetivo es el de ofrecer a los meteorólogos del hemisferio austral informaciones normalizadas semejantes a las que, para sus investigaciones en este dominio, utilizan desde hace mucho tiempo los observatorios del hemisferio boreal.

PAKISTAN DOS LENGUAS OFICIALES

Según una reciente disposición, el urdú y el bengalí serán las lenguas oficia-

les del país, aunque durante los próximos 20 años continuará utilizándose el idioma inglés en los documentos oficiales. La enseñanza del árabe, el urdú y el bengalí queda introducida en las escuelas secundarias.

ISRAEL LA ENERGIA EOLICA

En Eilat, a orillas del Mar Rojo, funciona desde el año pasado una pequeña central que suministra corriente eléctrica a los edificios públicos. Se ha construido otra central en Nebi Yosha (Galilea), y, además, se han instalado 18 puestos de observación para el estudio de las velocidades eólicas en diversos puntos del país. El Consejo Científico estima esperanzadores los resultados obtenidos y ha previsto ya la instalación de nuevas centrales conectadas con la red eléctrica. El coste de esta energía es extremadamente reducido.

NORTEAMERICA UNA OBRA INEDITA DE LISZT

Acaba de ser ofrecido a la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, el manuscrito autógrafa de una obra inédita de Franz Liszt. Se trata de « El Cuarto Vals Olvidado », que mencionan algunos biógrafos del célebre compositor y se creía perdido. En realidad, Liszt había dado el manuscrito a una de sus discípulas, Miss V. May Hoeltge. El hijo de ésta ha hecho la cesión a la Biblioteca del Congreso y la obra será publicada por primera vez muy en breve.

La pantalla

LA BELLE OTERO

Película franco-italiana. — Realización de Richard Pottier. — Guión y diálogos de Marc-Gilbert Sauvajon. — Dirección de la fotografía: Michel Keller. — Dirección coreográfica: José Torrès. — Dirección musical: Georges Van Parys. — Interpretada por María Félix, Jacques Berthier, Marie Sabouret, Louis Seigner, Paolo Stoppa, Jean-Marc Tennberg, etc. — En colores por el procedimiento Eastmancolor.

DE tres puntos de vista puede enjuiciarse este film: como narración biográfica, como intriga amorosa y como estudio de costumbres.

Por lo que respecta a la biografía, no sabemos hasta qué punto se han adaptado a la vida de la bailarina española Carolina Otero, las vicisitudes porque atraviesa la actriz que la representa en pantalla. No se trata en el caso actual de asunto de gran importancia, pero lo que da valor a la narración de una vida o de unos acontecimientos, es precisamente la exactitud que hay con la realidad. Sea como fuere, el espectador no se siente decepcionado por la estrella, orgullosa, ardiente y ligera, que es como se supone generalmente que son las mujeres que alcanzan fama en los escenarios.

La superficialidad de que adolece la intriga, relatada con sencillez y vaguedad, no permite otra cosa que un suave bosquejo de los personajes. Quizás sea un poco extraño ese ofrecimiento de « la bella Otero » a su regreso de América, que está en completa contradicción con su genio vivo y exaltado, pero no es posible asombrarse de las acciones de una mujer y menos si está enamorada. Su

afición a coleccionar amantes en los armarios es tan convincente respecto a su temperamento, como explícita en cuanto al resultado de sus continuas decepciones amorosas.

Más interesante la parte costumbrista, el dibujo de una época, extensa y prolijamente tratada por pintores, escritores y cineastas. En este aspecto, aunque sin enseñarnos nada nuevo, resulta interesante comprobar con qué rapidez han desaparecido unas costumbres dominadas por los convencionalismos, en las que tenían su papel gomosos afectados señoras insolentes, pisaverdes sin escrúpulos, bravucos impenitentes que se batían en duelo por el más trivial motivo, etc.

La llegada de Carolina Otero a París, sus esfuerzos para conseguir un contrato, su triunfo y sus relaciones con algunos hombres, en el ambiente de principios de siglo, forman el argumento banal e intrascendente.

El número sobre el que ha jugado el realizador es la actriz mejicana María Félix. La extraordinaria belleza que parece ser fué lo que proporcionó sus triunfos a la estrella biografiada, no puede ser llevada a la pantalla en unos tiempos en que la difusión alcanzada por el cine nos muestra a menudo multitud de mujeres que pueden compararse con la protagonista del film. Además, sin considerarnos técnicos en la



María FÉLIX

en

“La Belle Otero”

materia, no nos parecen excelentes las canciones ni tampoco nos agrada el timbre de su voz. Las danzas nos han parecido que estaban cuidadosamente estudiadas para una danzarina de escasas posibilidades. La intervención personal de José Torres, aunque corta, deja las cosas en su punto por lo que a la cuestión coreográfica se refiere, y en resumidas cuentas, la labor de la actriz no está a la altura que debiera, dado que guión y títulos han sido concebidos con el propósito de permitirle una actuación destacada.

De la interpretación, discreta, citemos a Louis Seigner, que representa un empresario con sobriedad y ajuste. Algunos temas musicales son de origen español y la película no pasa de ser entretenida.

FEDERICO AZORIN.

Lionel Barrymore



UNO de los primeros y grandes actores del cinematógrafo, Lionel Barrymore acaba de desaparecer. Contaba 76 años y unía a sus excepcionales condiciones en la escena, las de ser artista pintor, músico y un tanto literato. Su mérito reside principalmente en que, al cabo del tiempo que el cine mudo dejó la plaza al sonoro, el recuerdo de sus brillantes creaciones de antes de la guerra del 14 permanece vivo en cuantos tuvieron ocasión de seguirlos. Después, en el sonoro siguió su carrera triunfal y con películas como David Copperfield, adaptación de la célebre obra de Dickens. Y aun viejo e inválido, distinguíose entre los mejores intérpretes de la pantalla.

La escena

YERMA

Poema trágico en tres actos y seis cuadros original de Federico García Lorca. — Versión francesa de Jean Camp. — Dirección escénica de Guy Suarés. — Trajes de Domitilla Amoral. — Música de René Lafforgue. — Decorados de Sergio Gerstein. — Interpretada por Domitilla Amoral, Mario Pilar, Pascale de Boysson, Genica Athanasiou, Tatiana Moukhine, Philippe Moreau, etc. Teatro de la Huchette.

LA característica más destacada en la producción poética de García Lorca es su inspiración netamente popular. Todas sus composiciones salen del sentir del pueblo, y al corazón del pueblo van dirigidas en un viaje directo y rígido, en el que no caben insinuaciones extrañas ni circunloquios inútiles. Al pueblo no se le puede hablar con argumentos psicológicos que le sobrepasan, ni se le pueden exponer sutiles estudios analíticos que le aburran. García Lorca era un poeta andaluz. Por eso su poesía está cuajada de sol, de luna, de arena, de agua, de sangre y de muerte, cosas que el pueblo comprende, y todos sus personajes no se presentan como prototipos, encarnaciones o símbolos, sino como individuos de los que se desprende la gran fuerza expresiva de su personalidad única.

Yerma es probablemente el personaje más típico del teatro de García Lorca. Su carácter no tiene más complicaciones que las que exige la realización de la obra poética, y obedece únicamente a una angustia de tipo patológico, que nace de una energía interior, de una aspiración insatisfecha, de un impulso natural, del instinto paternal, continuamente alimentado por la visión a su alrededor de otras mujeres que son o han sido fecundadas. La intensidad de este deseo, desprovisto de tendencia sexual, es enorme por la simplicidad de su carácter. Se desarrolla y se hace absoluto al no tener la personalidad de Yerma otra tendencia o gusto que lo contrarreste: el instinto natural se convierte en monomanía.

En esto tiene la obra cierto aire pintoresco, que es sin duda una de las razones de su éxito en el extranjero. Una Yerma trasplantada a París, por ejemplo, no puede comprenderse más que dando a la obra una dirección mental, psicológica o psicoanalítica, pero en ningún caso poética.

La tragedia resulta del encuentro entre la aspiración de la protagonista y la negativa a perder la dignidad que, problemáticamente, podría llegar a satisfacer dicha aspiración.

Yerma quiere tener hijos. Para ello necesita un hombre que la fecunde, cosa que su marido no consigue, pero el sentido del deber le impide tener contacto con otros. García Lorca ha dejado suelto por la escena un personaje desdibujado, de escaso relieve, que sirve para que murmuren las comadres, pero sobre todo, para que el espectador quede burlado en sus maliciosas suposiciones.

En la vida, los conflictos así planteados se resuelven casi siempre por el abandono de una de las aspiraciones. Resignación lenta, generalmente incompleta, pero que trae algo de paz al corazón humano. En « Yerma » no puede ser así. Atosigada la protagonista entre dos necesidades contradictorias, un desenlace violento era casi obligado para el poeta granadino. El carácter de Yerma, lo exige. De él dice la vieja: « Se lo diría a otra más tranquila, a ti no ».

El marido es el obstáculo directo a su instinto maternal, e indirecto al impedir que Yerma trate a quienes podrían liberarla de su congoja. El desenlace es una renuncia y una rebeldía, un sacrificio y un triunfo al mismo tiempo. La escena final puede parecer inverosímil y gratuita en su aspecto dramático, pero es la más lógica desde el punto de vista poético, suponiendo que la poesía tenga una lógica. Al destruir el obstáculo, destruye sus aspiraciones, renunciando a ser madre al sacrificar las posibilidades que le quedaban de serlo. Se trata, sobre todo, de una liberación. De víctima se convierte

en verdugo. Al matar a su marido pasa de mujer no complacida en su instinto maternal, a mujer que vence su inclinación.

A través de la traducción francesa de « Yerma », obra que no conocía, se puede apreciar toda la producción de su autor, poeta que no me entusiasma. Su asesinato, consecuencia de la cerrilidad, intransigencia e ignorancia de los de la acera de enfrente, no puede justificarse por su obra de tendencia claramente artística y de escaso valor convincente en lo ideológico. Su muerte ha revalorizado su labor. Un poco a la ligera se ha hablado de genio y de genialidad, y hasta los responsables del crimen, en acto de desagravio, han editado sus obras completas, ignoro si censuradas, cosa por otra parte completamente absurda.

Lorca era un poeta de imágenes. Literariamente era sobrio, sin gran riqueza de léxico. En sus diversas composiciones hay escasa variedad de ritmo y las rimas, cuando existen, son asonantes. Desde el punto de vista de la construcción armoniosa, musical, bella y variada del idioma, era un poeta bastante vulgar. Quizás debido a ello le han salido tantos imitadores, que buscan los caminos más fáciles, y que no han podido cuajar esa sucesión de metáforas atrevidas, a menudo sin ilación, y con temas fácilmente comprensibles, propia de su estilo. Su mayor mérito ha consistido en acercar la poesía al pueblo. Que hubiese más españoles que conociesen « La casada infiel » que los versos de Jorge Manrique a la muerte de su padre, no quiere decir que aquella composición sea superior a ésta. Su obra es como la noche en la que estalla continuamente el fuego de artificio de los ramilletes variados, vivos e insospechados de su estro. Todos nos hemos asombrado con:

...y el coñac de las botellas se disfrazó de noviembre para no infundir sospechas... »

El valor intrínseco de « Yerma » y el magnífico trabajo del director de escena, son la base de un buen espectáculo, en el que hay que contar con los decorados de Sergio Gerstein como valor positivo y como negativos la escasez de medios, la modestia de los intérpretes, la traducción, que sin duda desvirtúa el ambiente original, y una música que no sabe reemplazar la emoción de los aires españoles. Con los medios necesarios, « Yerma » sería un poema soberbio en la escena como lo es en el papel.

F. F.

Le directeur-gérant: F. Gómez.

Société Parisienne d'Impressions, 4, rue Saunier, Paris 9^e

Liberalismo, clericalismo y absolutismo

El anticlericalismo popular data en España de antiquísimos tiempos, nada menos que de las épocas romana y visigoda. Más tarde las Cortes castellanas y aragonesas discutían los excesos y liviandades de las gentes de hábito y tonsura, ponían coto a sus barragánias, castigaban sus desafueros y reentrenaban su codicia. Nuestra literatura medieval y clásica abunda en dichos, gracias, ejemplos y anécdotas de picante sabor anticlerical, como aquellas del travieso Arcipreste de Hita que «vió en Corte de Roma do es la Santidad, que todos al dinero facen gran homildat», y descubrió la ciencia de ordenar priores, abadesas, obispos y doctores sagrados:

El dinero les daba por bien examinados e a los pobres desclian que non eran letrados.

También nos cuenta el Arcipreste que había visto y oído:

...a los monjes en sus predicaciones denostar el dinero et a sus tentaciones; en cabo por dinero otorgan los perdones, absuelven el ayuno et facen las oraciones.

¿Pues y aquellos otros que en calles y plazas denuncian los vicios y arterías del dinero, y luego en el convento lo allegan: «en vasos y en tazas, — más condresijos tienen que tordos nin picazas»?

Con menor donosura, pero con mayor severidad, el gran canciller López de Ayala escribió contra los vicios de la Iglesia. ¿Quién no recuerda, entre otros aquellos versos?:

Agora el Papadgo es puesto en riqueza de lo tomar qualquier non toman a pereza et magüer sean viejos nunca sienten flaqueza ca nunca vieron Papa que moriesse en po- [breza.

Si estos son ministros, sonlo de Satanás, ca nunca buenas obras tú facer los verás; gran cabaña de hijos siempre les hallarás

Perlados sus iglesias debían gobernar por cobdicia del mundo allí quieren morar é ayudan revolver el regno a más andar como revuelven tordos el negro palomar.

Y qué decir de los alfilerazos anticlericales del gran Valdés en su *Diálogo de las lenguas*; de la novela picaresca, donde se pueden leer pasajes tan sabrosos como los milagros del bulero en el *Lazarillo de Tormes*, o la vanidad de aquel arzobispo de Granada a quien servía de secretario el a veces ladino, a veces majadero de Gil Blas? Valdria a pena de hacer una antología anticlerical de clásicos y anónimos.

El anticlericalismo es vino añejo de nuestra tierra, que la fe arraigada en la conciencia no estorba a la soltura del hombre civil, frente a los desmanes de la casta sacerdotal. Lo que me admira y cuyas causas quisiera descubrir es la razón histórica que contribuyó a convertirlo en nota diferencial de las banderías políticas a partir del siglo XIX. ¿Por qué el demócrata ha de ser necesariamente anticlerical? ¿Por qué razón nuestro clero, a raíz de la guerra nacional de la independencia, optó de manera casi universal y unánime por el despotismo fernandino, contradiciendo precedentes y guías tan luminosos como Domingo Soto, Francisco de Vitoria, Suárez, Mariana, Antonio de San Joseph, el padre Benedito Jerónimo Feijóo y otros cien representantes de la más genuina tradición liberal española?

A veces he pensado si nuestros primeros constitucionalistas, aquellos patriarcas de Cádiz, inspirados en los vientos naturalistas y volterianos de allende el Pirineo, originarios con sus escarnios y sacrilegios esa corriente violenta y reaccionaria de los católicos absolutistas; pero el testimonio de la historia señala entre las más excelsas figuras de aquellas Cortes, o entre sus apologistas, a sacerdotes prestigiosos, o religiosos ilustrados, y a eminentes prelados como los de Jaén y Mallorca. La Constitución de Cádiz, tan avanzada y liberal en otros dominios de la ciencia política, se muestra recatadísima y un sí es o no es gazmoña cuando de los problemas de la religión se trata.

Por otra parte, de los cuatro primeros años del régimen constitucional ha escrito con justicia y mesura Jean Sarrailh en su fascículo sobre la «Contre-Révolution sous la régence de Madrid», publicado en la Biblioteca de *L'école des*



A lectura del completísimo estudio que el insigne hispanista Jean Sarrailh, Rector de la Sorbona, acaba de publicar sobre la España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII, viene a reavivar en mí antiguas preocupaciones que expuse cuando muchacho en artículos y ensayos, entonces asaz celebrados. Voy a transcribir ahora algunos de mis pensamientos, más actuales hoy que cuando los dí a luz, achaque desventurado de casi todo cuanto he escrito. Una de las mayores desventuras que pueden acaecer a un pensador es la inactualidad de su filosofía, ya porque se quede a la zaga de su siglo, ya porque tenga la audacia, que jamás se perdona, de marchar por delante de sus contemporáneos.

por **Fernando Valera**

hautes études hispaniques, «es una de las épocas más atractivas que pueda haber en los anales de este país». «Todo concurre a proclamar la nobleza de aquel período; el entusiasmo político de los diputados anhelando refrenar los caprichos y arbitrariedades de la monarquía; la exaltación patriótica de los representantes de la nación que, desde la apartada isla de Cádiz, dirigían la resistencia contra el invasor. Años gloriosos, cuyo recuerdo radiante había de ser conservado piadosamente durante todo el siglo XIX; años que habrían de evocar siempre los diputados liberales en las épocas de desesperación o en las menos frecuentes de triunfo como tiempo bendito, imitando la pureza de sus

lecciones. El prestigio de aquellos años sólo es comparable en la historia al de la revolución francesa, la revolución al principio, la revolución sin el terror. Aombrosa la semejanza que hay entre estos dos grandes momentos de aliento de la Humanidad.

No; si el liberalismo se hizo alguna vez sacrilego, volteriano, audaz, fué después de la saña y cerialidad del sacerdocio español hubo demostrado que en España, eran incompatibles el progreso y la religión. Fueron ellos, los clérigos y clériganes, quienes aientaron los impulsos despóticos de Fernando VII, quienes le suministraron criados, milicias, ministros absolutos, delatores espontáneos y legiones de predicadores «apostólicos», olvidadizos de la santidad de su ministerio, para predicar el exterminio sin entrañas y el odio intransigente y fratricida; ese odio que abrió entre los ciudadanos españoles la honda sima, todavía bostezante, de la guerra civil.

Si de algún pecado puede culparse a los constitucionalistas de 1812 es de su bondad desmesurada, porque también la bondad cuando se usa sin medida puede llegar a ser un vicio. Error imperdonable fué la excesiva benevolencia que tuvieron para con las primeras veleidades de Fernando VII. Debieron haber informado al pueblo de la condición moral del rey, en vez de fomentar esa idolatría paternal del monarca que, ensalzando su figura ante la imaginación irreflexiva de la plebe, creó con la aureola de su prestigio el fundamento de su intangibilidad soberana. Se dirá que el pueblo apetecía un ídolo y que era peligroso destruirlo. Verdad es que los pueblos gustan más de ser halagados en sus vicios que advertidos y amonestados de ellos; pero es preferible ilustrar con la verdad en vez de medrar con el error. La adulación al pueblo soberano es mil veces más perniciosa y villana que la adulación a los monarcas monstruosos.

El pueblo debió saber, porque era verdad, que el prisionero de Valençay felicitaba a Napoleón por los triunfos que el ejército invasor obtenía sobre la heroica plebe inerme, y que le propuso vender por unas monedas de oro los derechos dinásticos a la corona de España, mientras esta nación, a quien no sabe uno si calificar de infeliz o de estúpida, derramaba en defensa de aquellos derechos torrentes de su sangre generosa. Pero los constitucionalistas fo-

mentaron el mito del «rey deseado» y pagaron su insinceridad como las ranas del antiguo *exemplo*, que habiendo pedido rey a Don Júpiter,

Envióles Don Júpiter cigüeña mancillera, cercaba todo el lago, así faz la ribera, andando a pico abierto, como era ventenera, de dos en dos las ranas tragaba bien ligera.

Al regreso del destierro, el rey pagó la generosidad y nobleza de sus vasallos como cuadraba a la perfidia fernandina que se hizo proverbial «desde 1814 a 1820 — escribe Jean de Sarrailh — vuelve el absolutismo, Fernando VII regresado de Valençay, inaugura el segundo período de su reinado con el arresto de los diputados liberales, su encarcelamiento, su deportación a las aldeas y monasterios perdidos o a las costas africanas. Se restablece la Inquisición; el rey crea una distinción honorífica para los inquisidores, y se da muchas veces el placer de sentarse en medio de tan terribles jueces. Los jesuitas reciben autorización de instalarse nuevamente en España. Estallan numerosas conspiraciones liberales en diversas regiones. Son reprimidas con severidad. Los generales Lazy y Porlier son ejecutados, sin que el recuerdo de sus proezas durante la guerra de la indepen-

dencia pudiera desarmar la cólera del rey.» Cuando, como las ranas del cuento, se lamentaron nuestros constitucionalistas, cabía repetirles la moraleja del *exemplo*: Quejándose a Don Júpiter, dieron voces las ranas: — Señor, señor I, acórrenos, tú que matas let sanas. El rey que tú nos diste, por nuestras voces [vanas, dános muy malas tardes, et peores mañanas.. Respondióles Don Júpiter: — Tened lo que [pedisteis, el rey tan deseado por las voces que disteis; pague vuestra locura, ca en tan poco tuviser libres et sin premia. Llorad, pues lo qui- [sisteis.

Algo tenía, no obstante, aquel rey que le hacía poderoso frente a las inteligentes minorías liberales: era mojigato, jaranero y campechano, virtudes que despertan extraordinaria simpatía entre los imbéciles. Y nuestro pueblo estaba idiotizado por siglos de ignorancia y superstición, es decir, de clericalismo.

Hay que buscar los motivos de la brutalidad que caracteriza a nuestras luchas civiles, donde verdaderamente se encuentran; es decir, en la psicología del pueblo que las perpetraba. Dos rasgos salientes, a mi entender, distinguen a esta psicología. El uno es la ferocidad de los caracteres que suele florecer al término de las grandes conflagraciones guerreras. Es el otro la ignorancia supersticiosa, por virtud de la cual se rinde excesivo culto a la tradición y se aborrecen las novedades. Ferocidad e ignorancia fueron las causas engendradoras de nuestros fanatismos, sean políticos, religiosos o sociales.

De todas las calamidades que dimanar de las guerras, ninguna tan perjudicial y persistente como el retroceso que producen en la psicología de los individuos. Hay en la guerra una como reviviscencia de la ferocidad instintiva, primieval, subconsciente; parece como si nuestra educación ciudadana fuese tan tierna y reciente o que la lleváramos tan a flor de alma que una irrupción violenta de los instintos basta para extinguir y rasgarla. «Un pisotón a desdempo — dice Jack London — es suficiente para que el hombre civilizado saque de un golpe el puente de mides de anos que media entre las servas vírgenes y el asfalto de las ciudades.» El gorilla surge en seguida, con sólo hurgar fuerte en la conciencia.

Las violencias de la guerra tienen este siniestro resultado: despiertan la fiera dormida. Y luego, para aletargarla otra vez, cuesta sacrificios, muchos años y no poca ciencia y paciencia. Hasta en la literatura y las costumbres refléjase a raíz de una guerra ese resurgir de lo selvático, de lo natural, de lo instintivo. Algunas de las características que adornan a la literatura de postguerra no son tan nuevas como imaginan ciertos críticos filoneistas. Llamo filoneistas a los que sutren la superposición de la novedad, vicio muy común en nuestro siglo, sino que el lector avisado las descubre en todas las literaturas que florecieron a raíz de alguna guerra. La crudeza en la expresión, la biasfemia, la audacia irrenrenada, el culto de lo fuerte, rojo y desmesurado, fué siempre delente y distracción de los temperamentos violentos, cuya psicología retrogradó en la parábola del tiempo, gran padre de la cultura. ¿Qué diferencia entre el poema de Mio Cid y el de sus Mocedades, escrito éste a continuación de las guerras fratricidas de los Trastámara! Todo lo que en el primero es mesura, fuero, sencillez o valor, desfigurase en el segundo en desmán, desatruero, hinchazón y bravuconería; y es que el jugar y la plebe, gustadores de uno u otro cantar, tenían psicologías diferentes.

Así también, después de la cruenta guerra nacional contra el francés, hubo un despertar en la ferocidad de nuestros instintos, adormecida por las eras de paz del siglo XVIII, durante el cual las guerras de Estado, por lo general, no habían afectado como las nacionales o civiles a la mucedumbre trabajadora que constituye el pueblo. Más que el incendio de nuestros bosques, el asolamiento de nuestras aldeas, el saqueo de arcaicas ciudades o el robo de viejas reliquias de arte, hay que lamentar el perjuicio que Napoleón infirió a la psicología de nuestro pueblo. Los cuatro anos de guerra interior fueron cuatro mil de retroceso hacia la ferocidad de las tribus celtiberas, siempre latente en el alma del español pacífico.

Conviene advertir también la ignorancia supina que tres siglos de Inquisición habían hecho crónica y consubstancial con el alma española. Rebaño de mansas ovejas el pueblo inculto había de moldearse con arreglo al pasto con que le apacentaban sus pastores. Y cómo eran sus pastores! Lo primero que advertimos es la multitud de gentes de hábito domiciliadas en España antes de las guerras napoleónicas. Por el censo de 1787 se sabe que el número de nuestros párrocos y tenientes de cura ascendía a 2.460 y los diferentes individuos del clero secular a 47.710; es decir, en conjunto cerca de 70.000 sacerdotes. Añádanse monjas y frailes, y tendremos en una nación entonces despoblada un ejército capaz de dejar tamaño a las huestes del rey persa.

La segunda circunstancia que advertimos en aquellos pastores es su ignorancia y estupidez, casi tan grandes como su muchedumbre. Véase el parecer de un escritor coetáneo, Vargas Ponce, tal y como figura en su apología *Pan y Toros*, atribuida un tiempo a Jovellanos: «Entre nosotros ha estado por muchos siglos en miserable abandono el estudio de las Sagradas Escrituras, que son las fuentes y cimiento de nuestra creencia.» Como ahora.

De todas las calamidades que dimanar de las guerras, ninguna tan perjudicial y persistente como el retroceso que producen en la psicología de los individuos. Hay en la guerra una como reviviscencia de la ferocidad instintiva, primieval, subconsciente; parece como si nuestra educación ciudadana fuese tan tierna y reciente o que la lleváramos tan a flor de alma que una irrupción violenta de los instintos basta para extinguir y rasgarla. «Un pisotón a desdempo — dice Jack London — es suficiente para que el hombre civilizado saque de un golpe el puente de mides de anos que media entre las servas vírgenes y el asfalto de las ciudades.» El gorilla surge en seguida, con sólo hurgar fuerte en la conciencia.

Las violencias de la guerra tienen este siniestro resultado: despiertan la fiera dormida. Y luego, para aletargarla otra vez, cuesta sacrificios, muchos años y no poca ciencia y paciencia. Hasta en la literatura y las costumbres refléjase a raíz de una guerra ese resurgir de lo selvático, de lo natural, de lo instintivo. Algunas de las características que adornan a la literatura de postguerra no son tan nuevas como imaginan ciertos críticos filoneistas. Llamo filoneistas a los que sutren la superposición de la novedad, vicio muy común en nuestro siglo, sino que el lector avisado las descubre en todas las literaturas que florecieron a raíz de alguna guerra. La crudeza en la expresión, la biasfemia, la audacia irrenrenada, el culto de lo fuerte, rojo y desmesurado, fué siempre delente y distracción de los temperamentos violentos, cuya psicología retrogradó en la parábola del tiempo, gran padre de la cultura. ¿Qué diferencia entre el poema de Mio Cid y el de sus Mocedades, escrito éste a continuación de las guerras fratricidas de los Trastámara! Todo lo que en el primero es mesura, fuero, sencillez o valor, desfigurase en el segundo en desmán, desatruero, hinchazón y bravuconería; y es que el jugar y la plebe, gustadores de uno u otro cantar, tenían psicologías diferentes.

Así también, después de la cruenta guerra nacional contra el francés, hubo un despertar en la ferocidad de nuestros instintos, adormecida por las eras de paz del siglo XVIII, durante el cual las guerras de Estado, por lo general, no habían afectado como las nacionales o civiles a la mucedumbre trabajadora que constituye el pueblo. Más que el incendio de nuestros bosques, el asolamiento de nuestras aldeas, el saqueo de arcaicas ciudades o el robo de viejas reliquias de arte, hay que lamentar el perjuicio que Napoleón infirió a la psicología de nuestro pueblo. Los cuatro anos de guerra interior fueron cuatro mil de retroceso hacia la ferocidad de las tribus celtiberas, siempre latente en el alma del español pacífico.

Conviene advertir también la ignorancia supina que tres siglos de Inquisición habían hecho crónica y consubstancial con el alma española. Rebaño de mansas ovejas el pueblo inculto había de moldearse con arreglo al pasto con que le apacentaban sus pastores. Y cómo eran sus pastores! Lo primero que advertimos es la multitud de gentes de hábito domiciliadas en España antes de las guerras napoleónicas. Por el censo de 1787 se sabe que el número de nuestros párrocos y tenientes de cura ascendía a 2.460 y los diferentes individuos del clero secular a 47.710; es decir, en conjunto cerca de 70.000 sacerdotes. Añádanse monjas y frailes, y tendremos en una nación entonces despoblada un ejército capaz de dejar tamaño a las huestes del rey persa.

La segunda circunstancia que advertimos en aquellos pastores es su ignorancia y estupidez, casi tan grandes como su muchedumbre. Véase el parecer de un escritor coetáneo, Vargas Ponce, tal y como figura en su apología *Pan y Toros*, atribuida un tiempo a Jovellanos: «Entre nosotros ha estado por muchos siglos en miserable abandono el estudio de las Sagradas Escrituras, que son las fuentes y cimiento de nuestra creencia.» Como ahora.

● Pasa a la página 13 ●



ARTES Y ARTISTAS

por J. GARCIA TELLA

SALON DE OTOÑO EXPOSICIONES HENRI MATISSE

Grand Palais

Cuando se celebró el primer Salón de Otoño en 1903, con la participación de Matisse, Bonnard y Marquet, el conservador del Petit Salon, que no podía ver « ni en pintura » la joven idem, casi los envió al sótano. El éxito del salón, pasado el primer día no fué muy brillante y sí un pretexto para su expulsión al año siguiente al Grand Palais de enfrente, lo-



José Torres

POCO movimiento este mes de castañuelas y guitarra.

Aparte del escándalo de José Estrada, con que este bailarín termina su temporada en el Casino de París, repitiendo la ruina de Antonio y Rosario, con su pareja, aparte de María Navarro que continúa con su compañía una « tournée » triunfal por el norte de Francia y parte de Alemania y de la noticia de que Teresa y Luisillo, han conquistado el público de Nueva York, el único artista español de importancia que se ha producido en París, es José Torres, que del Olimpia ha pasado al Bobino.

José Torres ha sido siempre un bailarín muy discutido, gracias a su originalidad e inventiva que, apartándose de cauces sobados y vulgares, supo crear un estilo propio y, quizá inconscientemente, remozar el baile español.

Y todas las fantasías que Antonio realiza hoy, tienen su origen en José Torres y sin José Torres, Antonio no existiría. Y lo que Torres hizo hace diez o doce años en el baile español, no tenía ningún fondo imperialista — cosa que a la danza sobra —, ni ningún subsidio caudillesco.

Contrariamente, por intuición, por vocación y por don creador, Torres cambió cierta vulgaridad y chabacanería, en elegancia natural y en dignidad noble que presentaba al extranjero, una España, un baile español insospechado pleno de posibilidades, de hallazgos musicales inaprovechados hasta entonces, de reservas inventivas en nuevos pasos, en nueva plástica... ; Torres fué un innovador y sus creaciones pasan sobre sus interpretaciones por la calidad de la selección de la « mise en scène », de un vestuario « ad hoc » e incluso también, aunque algunos no quieran, por la interpretación.

¿ Es que alguien ha olvidado « Asturias » bailada por José Torres ?

DELFORO

Helmán : El bosque (Salón de Otoño)



cal de los artistas franceses. Estos pusieron el grito en el cielo, ante la invasión de los bárbaros y sólo una retrospectiva de Cézanne y los « fauves » acreditaron el salón y garantizaron su continuidad.

50 años después, el salón es de norma conformista, tradicional y los pintores progresistas, populistas, etc., « nuevos bárbaros » son hacinados en salas apartadas o insignificantes. El conjunto es aburrido, monótono, sin relieve; los cuadros se suceden, aquí o allí salta uno más original, pero el modernismo impera y el salón no justifica su existencia como la justificó antaño.

Señalemos los nuestros : Dominguez, desigual a cada aparición, se resiente de una influencia célebre que da calor y no vida a los que la siguen; renovación es juventud y lo contrario se llama estatificación.

Mentor presenta un Quijote que pide a gritos un reconstituyente y sólo se salva por su tono fúnebre y poco banal. Pelayo con su Carreta, se apunta un triunfo merecido por su construcción pintoresca y agradable a la vista.

El hombre...

• Viene de la página 16 •

ño del planeta y hasta la medida psicológica del tiempo histórico. Hay una disociación entre la evolución antropomórfica y la evolución ética. De ahí que la conducta humana necesite una readaptación a las nuevas condiciones mentales y a las nuevas condiciones de la vida colectiva. El problema es muy complejo y su proceso se desarrolla con interferencias entre ambas curvas.

En la compleja zona denominada cultura, estratificación de la vida psíquica, se forma una atmósfera dentro de la cual vive el pensamiento ; el hombre pensante. En el momento histórico presente, la complejidad de la instrumentación sensorial y motriz gravita fuertemente sobre la vida orgánica-funcional del ser humano y efectivamente lo dota de una doble organización por superposición, de una neo-personalidad originada en la técnica y de la paleo-personalidad ancestral cuya estructura cerebral ocupa siempre el primer plano en el desenvolvimiento de sus funciones.

Esta concepción del hombre nos lo presenta enlazado con el medio ambiente por redes distintas de las del hombre de antaño. Es una relación funcional compleja la que se establece entre el hombre y la sociedad; por eso, los nexos puramente culturales no son suficientes ni adecuados para interpretar el problema de la sociabilidad, como no lo son los nexos económicos, que en cierto momento parecieron los más importantes. J.C.M. Reyes escribe que si nos atenemos, como corresponde, « a su capacidad de percepción, a las fuerzas que transforma y a las funciones que desempeña, el hombre moderno es el representante de otra especie ».

Y esta nueva especie exige también una nueva cultura. Quiérase o no, nos hallamos embarcados en una gran aventura biológica desde que el hombre con sus nuevas herramientas gigantescas ha levantado su vuelo hacia un estrato desconocido, rompiendo los moldes sociales de su pasado histórico.

LUIS MONTANYA.

PEDRO FLORES

3, rue Saints-Pères VII

Negar que Flores es un buen pintor, sería negar la evidencia. En sus horas dionisiacas, él mismo afirma modestamente que después de Goya, sólo existe uno en la pintura española : Flores. Y no es necesario hablar de Zuloaga, Sorolla, Solana, etc.

Flores, hace diez años, tenía una gran inspiración y un poco aún « de feu sacré ». Hoy todo eso, se ha convertido en oficio y habilidad y el resultado es un producto propio para el mercado suramericano. Quizá esto explica la medalla obtenida en la exposición franquista de Cuba. Un cuadro de Flores es agradable y decorativo. Un conjunto de sus cuadros es monótono y fatigoso.

Y si abandonamos el viejo truco de toreros, gitanos y picadores — cosa que ya todo el mundo hace — por marinas y calles de París, la realización se impregna de un raro sabor a lo Clavé — ; se lleva mucho Clavé este año ! — que extraña y molesta.

Y lo peor es que Flores ha escogido una galería en la que para llegar a ella hay que pasar antes delante de otras que exponen tan buenas pinturas !..

PELAYO

Galería Guillerot,

8, rue d'Argenson, VIII

Por oposición al anterior, he aquí un auténtico pintor, sin trucos ni malicias que no irían con su juventud. Liberado de cierta influencia perniciosa en sus comienzos, Pelayo realiza hoy las promesas que ofrecían sus anteriores exposiciones, y nos presenta una espléndida selección de buena pintura, de pintura moderna, personal, de un dibujo serio y sostenido, de un colorido sobrio en el que las afinidades se complementan y de un sujeto simple y simpático. A su tiempo hemos hablado aquí de Pelayo y no es necesario insistir para augurar un brillante porvenir a este pintor que está ya en plan de realizar su presente.

ESCUELA DE PARIS

Galería Charpentras

Como suponíamos en nuestro número anterior, esta Exposición constituye el éxito de la temporada y la selección de los 120 pintores que exponen, da una síntesis de la pintura moderna actual, sin exuberancia inútil de los grandes salones y su cortejo de mala calidad.

La Escuela de París, puede decirse que es el salón único ideal, en el que diferentes escuelas y técnicas se enfrentan, representadas por las primeras figuras de hoy en compañía de una pléyade de jóvenes llamados a seguir la continuidad de esta pintura a la que tarde o temprano afluyen todos los pintores del mundo.

El primer año de este nuevo Salón, Escuela de París, es un acierto y sería lamentable que desviándose cayera en el amaneramiento y academismo de todo lo ya conocido.

Esperemos que tal no suceda por bien de la pintura.

DIAZ FERRER

Galería Alex Cazelles

Auténticamente español, con una técnica rara, que sólo Picabia empleaba con acierto en la mitad de su época. Y más raro aún, el empleo de una materia abundante, cuando el dibujo es firme y notable por su factura. Las reminiscencias son leves y en todo caso si existen, son tan nobles, que dignifican la obra expuesta.

LA muerte de Matisse significa una gran pérdida para el arte francés. Y sobre todo para el amor propio y el « chauvinismo » patriótico.

Dominada la pintura contemporánea — toda — por ese coloso « extranjero » Picasso, y agotado Braque, único capaz de oposición, los críticos se han visto obligados a elevar en flecha a Matisse, que encarnaba exactamente el espíritu francés, ese espíritu francés que el convencionalismo desea frívolo, suave y afiligranado, y que no tiene ninguna relación con valores presentes como Camus, Sartre y otros tan lejos de la trivialidad.

De los últimos años de Matisse, de sus « collages », flores en papel y otras lindezas, mejor es no hablar.

Necesidad de propaganda nacional y delicadeza a un anciano, han dado un cierto valor a estas futilidades que no pasaron de ser distracciones de enfermo. Si exceptuamos los primeros años — tan lejanos — la obra de Matisse, es toda arte menor ; arabescos, encaje, juegos de color, diversiones de « jeune fille », femenina casi, graciosa, bordado de bolillos... ; débil !

Por atenernos solamente a los franceses, ; qué diferencia con un cuadro de Rouault, de Braque, de Renoir de Derain



Por su afinidad con la danza — la música y la canción en este caso — que tienen su plaza lógica en esta plana, no podemos silenciar el éxito, que consigue diariamente la presentación de José Núñez al frente de su orquesta en el café Madrid.

Núñez, que además es compositor, presenta una serie de pasodobles originales que, interpretados por el aplaudido cantante Mario, con maestría y es-



Pepe Núñez y Mario Romero.

tilo, dejan con la boca abierta al público parisiense y arranca « olles, olles » de los « panameños ».

La combinación no es mala : Pepe Núñez y Mario ! Y detrás, ocho músicos como ocho fieras, en una « suite » de música española popular que hace vibrar las mesas.

; Pepe Núñez y Mario ! ; Mario y Pepe Núñez !

; Buuum !

mismo ! Ahora, Matisse desaparecido, la especulación se apoderará de su obra y la fama aumentará al compás de los precios.

Pero la verdad no está en unos cuantos francos de más o de menos y el porvenir reserva sorpresas.

Cada siglo da pocos, muy pocos pintores, y las glorias de ayer — de 1900 — están ya rancias y polvorientas.

¿ Cuál será el fallo para Matisse, del año 2000 ?

Luisa Michel

• Viene de la página 16 •

moria. Se refería a una muchacha enferma a la que cuidó hasta su último instante y cuya fotografía tuvo la amabilidad de mostrarme. Días antes de su muerte, presentada sin duda por la criatura, se puso a llover amargamente : había comenzado durante su enfermedad un trabajo delicado que quería regalar a Luisa, y, como ésta, para consolarla la hablara tiernamente, la muchacha lamentó entre sollozos que no sólo no podría concluir el trabajo, sino que su hermana era aún demasiado pequeña para poder terminarlo.

Luisa Michel ha escrito distintas cosas : además de sus *Memorias*, de las que, por desgracia, únicamente apareció el primer volumen, y un libro sobre la *Commune*, escribió una serie de novelas y de dramas, algunos de los cuales fueron publicados después en libros : *Les microbes humains*, *Le monde nouveau*, *La misère*, *Nadine*, *Légendes canaques*, etc. Si Luisa se hubiera dedicado completamente a la literatura, con toda probabilidad habría llegado a ser una destacada escritora, pues poseía las condiciones esenciales : rica inventiva, visión poética, sentido del lenguaje y, ante todo, ese anhelo profundo sin el cual no es posible efectuar una verdadera obra de arte. Sin embargo, no contaba para esta eterna combatiente la fórmula del arte por el arte, sino que consideraba a la literatura únicamente como un medio para alcanzar el alto fin. Sus novelas y dramas, de los cuales *Nadine* consiguió apreciable éxito en la escena, le servían para destacar la injusticia y los males sociales de la época, así como para exaltar el sentimiento de lucha. También algunas de sus poesías son de encantadora belleza, cual la de *La fregate*, en la que previó su destino ulterior.

El escultor E. Derre le hizo, después de su muerte, un monumento que expresa la esencia más íntima de esta mujer verdaderamente grande. En un zócalo bajo, que apenas sobresale de la tierra, se levanta la figura encorvada de la buena Luisa en vestimenta larga y con el rostro animado por una ternura maternal. Junto a ella, una niña la mira amorosamente. A sus pies aparece un perrito y algunas aves simbolizando su gran amistad hacia los animales. Encima, estas palabras : *Louise Michel (1736-1905). Fut la bonté même, ne connut que la misère et la prison.*

Vi por última vez a Luisa Michel en una conmemoración de la *Commune* que tuvo lugar en el club de los anarquistas judíos de Londres. Esto ocurría en marzo de 1904. Luisa se despidió cordialmente de nosotros y volvió a Francia, donde murió, en enero de 1905, en una humilde posada de Marsella y durante un viaje de conferencias.

RODOLFO ROCKER.

CONDORCET

(Juan F. Robinet)

La vida y el pensamiento de Condorcet, uno de los cerebros más luminosos de la revolución francesa — aunque también una de sus víctimas —, no merecen el olvido. Hombre de ciencia en el más severo sentido de la palabra, y, por consiguiente, hombre de provecho, algunas de sus obras han circulado profusamente, sobre todo su «Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano», escrito casi bajo el filo de la guillotina.

El estudio que nos presenta el Dr. Robinet llena en nuestro idioma un sensible vacío, pues si el nombre del revolucionario, el filósofo, el matemático y el erudito es muy conocido, al hombre en sí se le conoce poco. El lector que estudie estas páginas tendrá un cuadro fiel de la época y verá surgir en ella la personalidad y la labor del hombre genial.

Un volumen de 360 páginas, cuidadosamente presentado, 525 francos.

MERCURIAL ECLESIASTICA

(Juan Montalvo)

Montalvo era un hombre que cuidaba sus armas con pulcritud y esmera. Manejaba la pluma lo mismo que en otras circunstancias hubiese esgrimido la espada: con pasión, audacia y maestría. Figura mercedamente entre los mejores prosistas de la lengua castellana, y sus ensayos, como los de «Los siete Tratados», continúan siendo modelos únicos. En las «Catalinarias», combate las dictaduras; en «Mercurial eclesiástica», fustiga el clero con todos sus vicios y defectos.

Difícilmente se leerán páginas de combate escritas con más vigor.

Un volumen de 170 páginas, 380 francos.

MOTL, EL HIJO DEL CANTOR

(Scha'lem Aléijem)

Su verdadero nombre era Salomón Rabinovich. Su seudónimo significa «la paz sea con vosotros», saludo común entre los judíos. Las matanzas de Rusia — donde nació — le obligaron, en 1905, a emigrar. Instalado en Nueva York, escribió para los periódicos y el teatro. La vida de los judíos pobres de las aldeas rusas le inspiró su ironía compasiva y a la vez cáustica, ensañándose con los ri-

Todos los libros mencionados en esta página figuran en el catálogo de **SOLIDARIDAD OBRERA** y pueden ser servidos inmediatamente, ya sea contra reembolso o previo envío de su importe por Mandat-Cardé a nombre de A. García, C.C.P. 1601-11, París. Debe añadirse, para gastos de expedición, 45 francos en los pedidos cuyo valor ascienda a 500 francos; 70 para los de 500 a 1.000; 100, de 1.001 a 1.500; 130, de 1.501 a 2.000, y 160, de 2.000 a 3.000.

cos y poderosos de su propio pueblo.

Dice S. Resnick en «Esquema de Literatura judía» que Rabinovich ha pintado en esta obra con colores conmovedores ese mundo particular, plebético de vida y regocijo, produciendo una serie de narraciones cautivadoras, en medio de las cuales emerge la figura juguetona y simpática de «Motl», amalgama de feliz travesura infantil, de optimismo contagioso, contemplación meditativa y dolor disfrazado de alegría.

Volumen bien presentado, 220 páginas, 380 francos.

DIAS EJEMPLARES DE AMERICA

(Walt Whitman)

Con este título publicó Whitman un conjunto de narraciones hechas al

correr de la pluma e impresas sin corrección alguna, para que conservaran su espontaneidad inicial y su carácter de documento. Ninguna obra consiguió, como ésta, expresar mejor una época y, al mismo tiempo, el alma del hombre que fué espectador de ella.

Algunos fragmentos como los que se refieren a los prisioneros de la Unión del Sur, revelan todos los horrores de la guerra de Sucesión y se asemejan de un modo sorprendente a las descripciones de los famosos campos de concentración germanos de la segunda guerra mundial. El resto de la obra adquiere un verdadero valor poemático y revela la emoción del artista frente a la naturaleza.

Un volumen de 280 páginas, cuidado en su presentación, 570 francos.

HISTORIA DEL MATRIMONIO

(R. Westermarck)

El origen y desarrollo del matrimonio, es un tema que siempre atrajo la atención de los hombres de estudio. Darwin, Spencer, Lubbeck, Morgan y Tylor, especialmente, hicieron sobre el particular importantes conclusiones científicas que, por mucho tiempo, permanecieron inmóviles. Pero Westermarck, sociólogo erudito e investigador profundo, después de laboriosos estudios, dió a la publicidad su «Historia del matrimonio» en la cual expuso su disentimiento con los mencionados maestros, fundamentando con valiosos ejemplos, cada una de sus nuevas conclusiones.

La obra, por su valor documental y científico, interesará a todos aquellos que se preocupen particularmente de estos problemas y es instructiva para todos en general.

El volumen a gran formato contiene 450 páginas de texto provechoso.

PRIMAVERA EN OTOÑO

(Franz Werfel)

Una intimidad vacía bajo un exterior estentoso: tal es el caso de Leónidas, personaje central de esta emotiva y profunda novela del autor de «Verdi», la novela de la ópera, y tantas otras obras famosas.

Libro de hondo análisis subjetivo y construido con sinceridad y sutileza, «Primavera en Otoño», presenta la sociedad centroeuropea de la preguerra y dentro de ella la clase media, en cuyo seno descuellan burócratas y funcionarios. Leónidas, magistrado de vida intachable, correcto y de moral probada, trata de alcanzar las cimas de la sociedad, al amparo de circunstancias fortuitas, renunciando a sus íntimos impulsos para brillar en ella. Renuncia al amor por la comodidad; se casa sin sentir afecto alguno hacia su compañera de vida, y al final de sus días siente todo el vacío de una vida sacrificada a todo lo externo y superfluo. Con estos elementos, Werfel, compone una novela llena de sentimiento y humana cordialidad.

Un volumen de 14 páginas, de lectura amena, 380 francos.

UN EXCELENTE OBSEQUIO PARA NUESTROS LECTORES

En el transcurso de una velada artística que tendrá lugar durante el mes de enero, se efectuará el sorteo de una magnífica escultura en madera, original de JOSE CLAVERO y representativa de

“ EL GUERRILLERO ”

Cada ejemplar del Suplemento de los meses de diciembre y enero incluirá un número que, a modo de participación gratuita, ofrecemos a nuestros lectores.

Asimismo, recibirá la consiguiente participación cada uno de los que, hasta el día del sorteo — que se anunciará oportunamente — adquieran un libro de nuestra Biblioteca.

También se enviará una participación a todo lector que, además de la suya, nos remita una nueva suscripción para el Suplemento.

Por último, podrá recibir una participación quien nos comunique cinco o más direcciones de

personas — refugiados, estudiantes o profesores franceses — que, previo envío de un ejemplar de nuestra, fueren susceptibles de abonarse a nuestro Suplemento.

Nº 007231

★ BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI »

COLECCION ENCANTO

A 300 frs. volumen

Carlos Perrault : El gato con botas (Dibujo de Cesáreo Díaz).

Simbad el Marino (Dibujos de Antener).

C. Perrault : Carperucita roja (Dibujos de C. Díaz).

Adaptación de Perrault : Grisélidis (Dibujos de Luis Macaya).

G. Carlos y L. J. Grimm : Blanca Nieves y los siete enanos (Dibujo Antener).

C. Cillidi : Pinocho (Dibujos de C. Vollmer).



* Henry de Monfreid ha publicado en la casa Grasset un curioso volumen que se titula « Menelik. - Tel qu'il fut ». El autor, modestamente, presenta el libro como una historieta sin pretensiones, mas, en verdad, tiene la solidez precisa y descubre aspectos muy interesantes de ese emperador que ha sido llamado el Luis XI africano. El volumen contiene numerosas y bonitas fotos en papel satinado.

Robín Hood (Dibujos de Cano).

H. C. Andersen : Los príncipes encantados (Dibujos de Batlle).

Ali Babá y los cuarenta ladrones (Cuento árabe. Dibujos de Antener).

C. Perrault : La Cenicienta (Dibujos de Cano).

C. Perrault : Barba Azul (Dibujos de Luis Macaya).

Luis Caroll : Alicia en el país de las maravillas (Dibujos de C. Díaz).

C. Perrault : La piel de asno (Dibujos de C. Díaz).

Aladino o la lámpara maravillosa (Cuento árabe. Dibujos de L. Macaya).

C. Perrault : La bella durmiente del bosque (Dibujos de R. Palau).

J. M. Barrie : Peter Pan (Dibujos de C. Díaz).

C. Perrault : Pulgarcito (Dibujos de L. Macaya).

Selma Lagerlof : Un viaje maravilloso (Dibujos de C. Díaz).

C. Dickens : Canción de Navidad (Dibujos de R. Palau).

J. Swift : Guilliver en el país de los gigantes (Dibujos de Macaya).

J. Swift : Guilliver en el país de los enanos (Dibujos de Macaya).

COLECCION « CUENTOS DE HADAS »

A 200 frs el volumen.

Hnos. Grimm : Hansel y Gretel (Dibujos de Palau).
Alberto Pidemunt : El eli-

xir de la alegría (Dibujos de Palau).

C. Perrault : El hada de la fuente (Dibujos de Palau).

Lewis Carroll : Alicia en el país de las maravillas (Dibujos de Palau).

Oscar Wilde : El gigante egoísta (Dibujos de Palau).

C. Perrault : La Cenicienta (Dibujos de Palau).

G. Shakespeare : Cuento de Invierno. (Dibujos de Palau).

COLECCION JUVENTUD

A 140 Frs volumen

Edgar Rice Burroughs : Tarzán y el león dorado - Tarzán señor de la jungla - Tarzán y los hombres leopardos - Tarzán y las hormigas - el regreso de Tarzán - Tarzán de la selva - Tarzán en el centro de la tierra - Tarzán y el imperio perdido - El hijo de Tarzán - Tarzán el terrible - Tarzán el indómito - Tarzán el invencible - Tarzán de los monos - Tarzán de las fieras.

NUESTRO SUPLEMENTO

APARECE TODOS LOS MESES

Suscripción :

6 MESES 240 Fr.
1 AÑO 480 Fr.
NUMERO SUELTO 40 Fr.

COLECCION FILOSOFICA

a 120 frs. volumen

Hamon : La revolución a través de los siglos.

Spencer : La ciencia social.

Cadalso : Los eruditos.

Bergson : La risa.

Borio : El genio.

Platón : De la belleza.

Feijóo : La impunidad de la mentira.

COLECCION FEMINA

A 140 Frs. volumen

Luis Hémon : María Canclaria.

Jorge Sand : Mi hermana Juana.

Octavio Feuillet : El diario de una mujer.

AUTORES DIVERSOS

A 175 Frs. volumen

Turguenev : Nido de hidalgos.

Gogol : Taras de Bulba.

Diderot : Obras filosóficas.

Panaít Istrati : Codine.

Maeterlink : La araña de vidrio.

Barclay : La castellana de Shenstone.

Pedro Mata : Corazones sin rumbo.

Zamacois : El seductor.

Panaít Istrati : Los aiducs.

Henri Bordeaux : El amor que huye.

Zola : Nuevos cuentos a Ninón.

Por error en la numeración de páginas del presente Suplemento, aparece con el 13 la que debe llevar el número 5; con el 5 la que debe llevar el 13.

COLECCION IDEAS

a 140 frs. volumen

Laborde : La dicha de vivir.

Schopenhauer : Los dolores del mundo.

Nietzsche : La génesis de la moral.

Nietzsche : El anticristo.

Oscar Wilde : La tragedia de mi vida.

Shakespeare : Hamlet (teatro).

Agustín Alvarez : La creación del mundo moral.

A. France : Los deseos de Juan Servien.

La Biblioteca de SOLI ofrece a sus lectores una gran variedad de

Diccionarios españoles e ilustrados

Diccionarios bilingües

Sinónimos y de la rima

Métodos para el estudio de lenguas

★

Toda suerte de libros técnicos y profesionales

(en francés)

Textos escolares y de enseñanza en general

★

Pueden servirse toda clase de libros en francés, siempre y cuando se especifique debidamente el título, nombre de autor y editorial.

★ BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI »

¡ Mis treinta años !

Esta guerra me ha descubierto el camino que no conduce a ninguna parte, una senda que he de continuar solo, terriblemente solo, en una soledad voluntaria, plena de desprecio y comiseración.

¿ Cómo no temer que la paz, esta incógnita, me anule de nuevo, incorporándome a este continuo tejer y destejer de absurdos diarios, de contactos indecibles, de vulgaridad, de inutilidad, de imbecilidad ?... ; La Paz !

*

Si los pueblos felices no tienen historia, los años mediocres tampoco deben tenerla. ¿ Y qué puedo yo contar de mis años mediocres, que son todos mis años mozos ?

¿ Podéis imaginar acaso un núcleo de juventud cretinizada por los toros y el fútbol, discutiendo con suficiencia sobre la última novela de Pedro Mata, pendiente de la estocada de un diestro o del pito de un árbitro, considerando a Benavente como el genio de los genios y viviendo completamente al margen de los problemas sociales, de la política internacional, de las luchas obreras, del analfabetismo español, del hambre del pueblo español ?

¿ Podéis imaginar, repito, un grupo de jóvenes oficinistas, empleados, gentes de mostrador, aspirantes de señorito, corbata de rigor, nociones someras de ajedrez y un club regional para el baile dominical ?... ; y nada más !

¿ Cero, cero, cero !
España seguía su marcha renqueante y su destino trágico. Una dictadura apuntalaba una monarquía vacilante. Años de silencio. Sublevaciones. Jaca, Berenguer, la República, Asturias. Congresos de las organizaciones obreras, asambleas de los partidos, agitación popular... ; no ! todo eso al margen. ¿ Qué puede importar esto, comparado con la competencia de Marcial y Barrera, las genialidades de « Cagancho » o la precocidad de los Bienvenidas ?

¿ Acaso puede uno preocuparse de todas estas historias, ante las finales homéricas del Madrid y el Athletic de Bilbao ? ¿ Abandonará Ricardo Zamora al Madrid ? ¿ Qué opina usted de la « furia española » ? ¿ Y de Rubio ? ¿ Cree usted que el Racing de Santander, bajará de categoría ?

¿ Mediocridad !
Alardes de señoritismo en « cabarets » de cinco pesetas ; donjuanismo exacerbado musa de Juarros y Marañón.

¿ La situación de España ?
No ! Los tangos de Spaventa y el charleston. Las revistas de Romea y el último estreno de Muñoz Seca. El julepe y el dominó.

El uno cantaba tangos ; el otro los escuchaba.
El uno bailaba bien ; el otro le admiraba.
El uno era un « fresco » ; el otro se pasmaba.

Y todos se completaban ! ; Nos completábamos !
¿ El Anteo ? ; Cero ; ¿ La lucha ? ; Cero ! ; Cero ! ; Cero !
¿ La final de la Liga ! ; La alternativa de La Serna ! ; La cerveza de Rojo ! ; La terraza del San Miguel !
¿ Mediocridad, mediocridad !
¿ Años bobos, años tontos, años inspidos !
¿ Años felices !

**

Una palabra atormenta hace tiempo mis orejas en un martilleo incesante y monótono, persistente y molesto.
Una palabra ambiciosa, milenaria y vasta como el desierto africano.
Una palabra que cada cual se adjudica para sí mismo, arrogándose la exclusividad.

Una palabra que corre por toda la ciudad, por todo el país ; una palabra que oigo a todas horas, que leo en todos los periódicos ; que flamea en todos los discursos políticos y que lentamente va despertando mi atención hasta obsesionarme.
Libertad !
Los hombres quieren ser libres !
Libres de pensar, de vivir, de querer ; libres de matar, de morir, de odiar !
Los ricos, libres de ser más ricos.
Los pobres, libres de la miseria.
Este amor de libertad que devora a todos, flota por la ciudad y vuelve el ambiente intolerable.
Incluso para los que esta palabra no significa nada.

¿ C O M O calificar una guerra civil e incivil, que viene de improviso sobre un cerebro de treinta años, vacío e inconsciente, y descubre ante él un magnífico panorama de maldades, de injusticias ; un horizonte insospechado de crueldades, de ambiciones y egoísmos, de mezquindades y envidias, rencores, traiciones, muertes ?

Una guerra que libera a un hombre de sus semejantes, descubriendo de golpe, toda la insignificancia de la raza humana ; la inútil existencia de una raza atormentada en la esperanza de una eternidad dudosa, una eternidad que unos quieren carnal y otros pretenden espiritual.

Una guerra en la que el peligro físico, ha sido, en ocasiones, paliativo y consuelo del otro peligro. El peligro mental y moral de saberse aislado de la humanidad, de sus luchas estúpidas y de sus cobardías cotidianas ; el peligro de verse vencido por nuestra pobre envoltura y mezclado en estas locuras colectivas que nos convierte en fieras indiferentes e insensibles a la miseria que nos rodea.

Una guerra feroz, injusta, sangrienta, una guerra que, como una ducha, ha despejado mis treinta años en un relámpago de luz, permitiéndome ver !
Ver !

¿ Qué hacer ? ; Bendecir o maldecir esta guerra que me ha convertido, que me ha transformado, que me ha hecho tanto daño y tanto bien ?
Esta guerra se ha llevado mi juventud, mis ilusiones, mi absoluta ignorancia, mi soberbia ignorancia de la vida, de los hombres y de las cosas.

por JUAN SIN TIERRA

Nada, porque con su espléndida incompreensión o indiferencia, nunca se han sentido esclavos.

Empiezo a sentir cierto embarazo, cierta vergüenza, cuando me encuentro entre gentes que vocalizan y monologan a base de la libertad.

Pero esta sensación honesta, ha desaparecido hoy bruscamente, al definirse la situación en Madrid, en toda España, mejor dicho.

La libertad ha hecho su aparición, envuelta en un sudario sangriento que oculta apenas su rostro demacrado y lívido.

España se ha partido en dos y los hombres ; libres al fin ! se matan.

Libres de la civilización, de los sentimientos ; libres de la fraternidad, de la convivencia, de la tolerancia...
Las gentes se denuncian, se acechan, se calumnian, se traicionan !

La esclavitud termina con la vida y la libertad empieza con la muerte.

A la postre, ; he comprendido !
Por las mañanas, el sol pone reflejos de bronce en las carnes de toda una juventud que parte en camiones hacia la Sierra, hacia las capitales que rodean Madrid, en busca de una libertad que se esquila coqueta y caprichosa como una novia.

La improvisación, la sinceridad y el entusiasmo, son la mejor « mise in scene » para este acontecimiento.

Himnos, banderas, aclamaciones !
Por las noches, los camiones vuelven cargados de esta misma juventud que, liberada para siempre, se amontona en las frías losas del Depósito de cadáveres.

La teatralidad brillante de la mañana, ha desaparecido y, en su lugar, los faroles de gas, la pobre bombilla eléctrica y el rumor de una fuente que deja correr su chorro sin interrupción, vuelven la escena lúgubre y melodramática.

Rezoes, lloros e imprecaciones !
Los hombres son libres !

Por la ciudad, convertida en bosque, en selva, unos acorralan a otros. Al anoecer, son los otros los que a su vez acometen. En las demás ciudades de España, la escena se repite, se multiplica, se cotidianiza.

Siempre en pos de la libertad !
La libertad convencional de cada individuo, de cada partido, de cada bando.

Al amanecer, la inquietud y la tensión, se suavizan y el asfalto de las calles enroje con las vergüenzas que sobre él reposan.

La libertad se distribuye gratuitamente, largamente, con generosidad por parte de todos.

Se muere dando un viva a algo o alguien, negándose obstinadamente a soltar la etiqueta que esclaviza.

¿ Qué remedio queda, sino hacerlos libres a la fuerza, a pesar de ellos mismos !

Así, pues, hoy he salido hacia un frente a que me liberen o a liberar yo a los otros.

En confianza, puedo decir que no sé cómo me las apañaré. Mi fusil que es mejicano no funciona y aunque funcione, las municiones que llevo son de armamento checoslovaco y aunque los proyectiles valieran, yo no sé el manejo ; en mi vida he disparado un tiro y desconozco por completo toda clase de teoría balística.

Lo que en el fondo me tiene sin cuidado !
Viva la libertad !

La fiebre crece.

Los que vienen, no dejarán uno con cabeza. Los que me rodean parece desayunarse con dinamita. El odio se contagia, se extiende como una nube y rodea Madrid como una coraza. En el frente hay muchos decididos a que nadie pase. En la ciudad hay más, muchos más, decididos a lo mismo y convencidos de que el sitio más peligroso se encuentra atrás. La carretera que va a Valencia, ennegrece con una caravana de coches, que conducen gentes aún más decididas.

La muerte en la puerta, la ciudad se aplebeva. se elementaliza ; las expansiones son más brutales, más sinceras ; los contactos más rudos y más profundos.

Un presentimiento de fin, despoja de artificialismo, convenciones y usos. Las gentes se visten de un modo más primario, los saludos son breves, las visitas fugaces ; todos tienen prisa. De un momento a otro...

Los novios se despiden diariamente en una posesión violenta con gusto de pólvora y lija.

Los maridos abrazan a sus mujeres y con mirada tímida, les recomienda los pequeños.

Los hijos llaman a la madre, vieja, con tono de superioridad, con tono en que la madre nota con sorpresa por vez primera que « aquello » es un hombre.

De la libertad, ya nadie se acuerda. El primer entusiasmo, las primeras ingenuidades, las primeras inexperiencias han huído no hace mucho, pero es como si fuera hace ya años.

19 de julio ! ; 7 de noviembre !
¿ Cuánto tiempo llevamos ya de guerra ?

Montañas de amigos han desaparecido, no sé bien cómo ni cuándo. Unos en un tren, otros en un hospital, otros en un montón de tierra. Amigos de costumbre, de bar y paseo ; de novias y cines, amigos de tajo, de todos los días.

Oleadas de amigos nuevos les han sustituido ; amigos de pistola al cinto y de ceño adusto y viril. Tipos resueltos que parecen despreciar la existencia y que beben cognac directamente en la botella.

Amigos de nombres raros, de apellidos que en nuestra meseta aislada y

odiada, me hacen el efecto de una invasión y de un reproche. ; Nombres protectores a pesar nuestro !

¿ Qué me pasa que no logro interesarme como yo quisiera, como yo debiera, como los demás ?

Imposible concentrarse ! El espectáculo es inmenso. ¿ Cómo perder esta ocasión única de observación ?

En las afueras, la Muerte se ha sentado y distribuye ofrendas a izquierda y derecha. Dentro, las gentes se unen calurosamente con una consigna y se desunen con un himno. Los periódicos se insultan astutamente y todos tienen la solución salvadora en el bolsillo. Si no la ponen en práctica es porque los contrarios no dejan. ; Los contrarios son los que luchan codo a codo contra el de fuera !

Un jefe cae ! La ciudad llora y la calumnia acecha. El sitio se eterniza. La gente se aburre, los permisos del frente se alargan, el tranvía se reemplaza con el coche y las mujeres entran de nuevo en Madrid, en los barriles de vino, vacíos.

La anomalía que se normaliza como sucede siempre y se anota la dirección de los obuses para cambiar de acera.

Los hombres se afeitán.
Se echan queridas.

Y hablan mal de las Embajadas.
Las conversaciones se han vuelto más triviales ; las intervenciones y no intervenciones de nuestros vecinos europeos, nos han convencido de que el problema nos sobrepasa.

Nuestro orgullo ancestral y rifeño, se niega a admitir que el asunto no sea sólo nuestro.

Así, pues, vamos a ver la forma de desinteresarnos un poco de ese enemigo que se sale de las reglas del juego y empezamos una nueva guerra civil, con los de dentro esta vez.

¿ Pero que sea una guerra civil de verdad !
Yo creo que lo conseguiremos !

**

En el frente se muere por frases, por tópicos un héroe sucede a otro héroe ; un muerto a otro muerto ; un chiquillo a un hombre ; un viejo a un obrero... ; en el frente se muere !

Unos metros más atrás, se vive. Se vive de una forma vergonzante, con una cartera en la mano, con una secretaria, con una misión especial, con los ojos bajos, con una respuesta imprecisa y confusa ; pero se vive !

Y queda tiempo de intrigar, de mentir, de hacer el hipócrita y el valiente y el enterado y el interesante.

Y de vivir de las mujeres, y del espionaje y del tráfico de lo que escasea y de la venta de avales y de la firma de carnets !

Sólo unos metros !
Sólo unos metros y el aire se enrarece, las miradas se esquivan, las conciencias se esconden y las manos se niegan.

Los que están delante, piensan arreglar esto en acabando aquello.

Los que están detrás, piensan que los de delante morirán. ; No les queda otro remedio !

Si no mueren allí, morirán aquí !
Pero morirán de todas formas !
¿ Dónde irme ? ; Dónde quedarme ?
Aquí se vive ! ; Allí se muere !
¿ Morir de una vez o morir todos los días un poco, lentamente, sabiéndolo ?

¿ Masoquismo ?
Un tranvía me deja en el frente. El compañero cobrador, se enfada, porque no tengo calderilla.

Me llaman cínico los que alternan conmigo y mi fusil.

Mi edad de ilusiones y de sueños ha tropezado con un mundo atroz e insensato, con una sociedad de hierro que vive sobre ideas locas.

Todo va al revés en la vida.
Pueblos e individuos, destinos y recompensas, son inversamente proporcionados a méritos y aptitudes. Por todas partes el desorden, la injusticia y la inquietud.

En plena guerra !
¿ Cómo no ha de estar herida la credulidad de mis treinta años !
Mi credulidad que despierta lentamente por esta pelea, como una siesta interrumpida.

Mi edad de revueltas generosas, no de fría razón, entra en la contienda con la protesta en la boca y nadie puede reprocharme nada.

Ni mi concepto cruel ni mi conseguida insensibilidad.

Me llaman cínico !

LUISA MICHEL



LUISA MICHEL poseía el carácter de un apóstol, sintiéndose tan hondamente persuadida de la razón de su causa que no pudo adaptarse ni hacer la menor concesión, a la justicia histórica. Cuando, en diciembre de 1871, compareció ante el tribunal de Versalles, arrojó al rostro de sus jueces, con valor incommovible, estas palabras : Como parece que todo corazón que late por la libertad no tiene más derecho que a un trocito de plomo, yo reclamo mi parte. Y si me dejárais vivir no cesaré de poner en la picota a los cobardes asesinos de mis hermanos. Cuando al cabo de diez años de deportación en Nueva Caledonia le alcanzó la amnistía general y regresó a Francia, sumóse con gran fervor al movimiento revolucionario. Los largos años de destierro le habían hecho reflexionar sobre las consecuencias inevitables de las aspiraciones políticas de poder, de las que dijo que habían de resultar siempre una maldición y, por eso, se declaró en favor del anarquismo.

Cuando conocí a Luisa, en Londres, vivía ésta en condiciones muy precarias, y, no obstante, hallábase dispuesta, como siempre, a compartir con otros, a quienes suponía eran aún más pobres que ella, lo poco que poseía. Llevaba constantemente el mismo vestido negro, un tanto raído, y el mismo sombrero de órmado, pues, por naturaleza, era tan modesta que sabía adaptarse a cualquier situación. Los amigos le regalaban de cuando en cuando prendas nuevas, mas ella, siempre generosa, regalábalas a su vez y conservaba únicamente lo que le era indispensable. Recuerdo que, en una ocasión, un amigo francés le hizo el obsequio de un magnífico

por RODOLFO ROCKER

rada como una santa, dado que el alma grande de esta mujer excepcional contenía esa llama clarificadora cuya fe incommovible, capaz de transportar las montañas, sólo puede presentirse y no describirse con palabras. Sin embargo, no quisiera siquiera designarla como una idealista, pues esta palabra está ya tan gastada que, para Luisa, no puede tener aplicación. Obraba siempre esta mujer bajo el impulso interno del sentimiento, pues, aun figurando entre las más preclaras inteligencias de su tiempo, su gran corazón estaba ligado con el compás de su vida. Se abusó de ella por parte de elementos hipócritas e indignos, y, a pesar de conocer las experiencias más amargas nada pudo enturbiar su profunda fe en la humanidad.

Para mí fué una alegría singular hablar con ella de sus peripecias en Nueva Caledonia, donde, durante los diez años de destierro, actuó como maestra de los indígenas, los cuales tratáronla con respeto no menor que el de cuantos tuvieron ocasión de conocerla. Al regresar a su país, después de la amnistía de los comunistas, acom-

pañáronla numerosos de sus amigos de Nueva Caledonia y la despidieron con lágrimas en los ojos. Tenían, desde luego, motivo para ello. Del mismo modo, cuando Luisa hablaba de los canacas de Nueva Caledonia irradiaban como iluminados sus ojos grises. Elogiaba especialmente la simplicidad de sus costumbres, su inteligencia natural, su habilidad manual y su declarada simpatía hacia el dolor ajeno. No ocultaba de otra parte que, gracias a la civilización blanca, esas condiciones naturales fueron socavadas poco a poco hasta llegar a encender en aquellos corazones sencillos los gérmenes de la degeneración.

Luisa conservaba una colección de pequeños objetos reunidos durante su permanencia en Nueva Caledonia y no se separaba de ellos, como tampoco de las fotografías de su escuela y de los amigos de piel oscura que tanto la habían estimado. De cada uno tenía algo que contar y su mirada brillaba de alegría cuando remozaba los viejos recuerdos. Uno de sus relatos quedó grabado en mi me-

• Pasa a la página 5 •

GERMINAL

*Mais nous nous en les tuteurs
 Répondant haut, commencent à parler
 Sur un souffle par un murmure
 On dit qu'il est et on dit que non
 Sur le plat forme et on dit que non
 Et les voilà une commotion
 C'est le Collier pour garter*

*Michel agitait le moulin
 Le vent s'élevait et dans pas égal
 Les pages s'élevaient de l'air
 On disait que c'était un tribunal
 Le condamné s'agitait et dit
 Je suis un homme qui aime
 C'est un homme qui aime
 C'est un homme qui aime*

*C'est le journal révolutionnaire
 Qui s'agitait et qui va
 Qui s'agitait et qui va
 Le condamné s'agitait et dit
 Je suis un homme qui aime
 C'est un homme qui aime
 C'est un homme qui aime*

*Et dans le temps et dans l'espace
 Il est pas par l'air
 Qui s'agitait et qui va
 C'est un homme qui aime
 C'est un homme qui aime
 C'est un homme qui aime*

Poema autógrafa de Luisa Michel.

abrigo que había preparado para ella, pues el que llevaba hallábase tan usado que apenas podía protegerla contra el frío húmedo del invierno londinense. Durante unas semanas tuvimos el placer de admirar a Luisa con el flamante y hermoso abrigo, cuando, de repente, apareció envuelta en su antigua indumentaria, debiéndose, según se pudo establecer después, a que lo había entregado a una mendiga harapienta que encontró a la puerta de su casa implorando la caridad. Así era Luisa Michel, a la que en los suburbios de París, donde su desprendimiento y su bondad eran proverbiales, se la solía llamar la buena Luisa. Si hubiese vivido unos siglos antes, tal vez hubiera sido vene-

El hombre representa hoy una nueva especie

LOS insectos y el hombre constituyen, sobre bases distintas, los dos mejores ejemplos de animales sociales. Pasó la época en que escritores como Maeterlinck y Fabre ponían a la perfecta sociedad de las hormigas como modelo para los revoltosos seres humanos. Ahora, Julián Huxley y Caryl Haskins, basados en un profundo conocimiento de la zología y de la paleontología, nos explican cómo aquella perfección de la vida social de los insectos consiste en la simplicidad de su vida instintiva y en el anquilosamiento de sus hábitos adquiridos hace millones de años. Porque hay que recordar que hace 50 millones de años, en el periodo eocénico, existían especies de hormigas exactamente iguales a las actuales. Desde entonces no han adelantado nada. Y todavía no existía el hombre. Las civilizaciones humanas pertenecen a tiempos muy recientes. Por esto dice Haskins que el hombre es « el animal social más joven sobre la tierra ». Y en la evolución de su organización social se halla todavía en sus etapas iniciales. Esta enseñanza histórica la olvidan quienes no admiten la posibilidad de un progreso social. Porque la imposibilidad del progreso no puede aceptarse en el insecto debido a la perfección de sus hábitos, aunque elementales. Mas nunca puede argumentarse la imposibilidad de progreso con respecto a la imperfección, que es precisamente lo que sirve a los pesimistas de la sociología para aceptar como inmutable el estado actual de la sociedad. Ello equivale a aceptar la inmutabilidad de la cultura.

por LUIS MONTANYA

El aspecto más trascendente de la evolución social del hombre está en el rápido desarrollo de su cultura, que es la auto-creación de un mundo genuinamente humano, con una capacidad ilimitada para la combinación de los elementos de la inteligencia y de la acción. Es el polo opuesto de la limitación psíquica de los insectos sociales. Por esto el hombre se halla sujeto a dos modos de evolución que se consideraban separados : el orgánico o biológico y el cultural.

La evolución orgánica es lenta, aunque continua. No hay duda de que actualmente asistimos a una transformación biosomática del organismo humano. Los factores endocrinos, quizás estimulados por la emocionalidad de la vida moderna, los cambios mesológicos, la divulgación terapéutica, el uso y abuso de los antibióticos ; todo tiende a producir imperceptibles variaciones somáticas. Y, por otro lado, el aspecto considerado por la cibernética — la simbiosis de la máquina con el hombre — forma una realidad indiscutible que está alcanzando su momento crítico. La evolución mental está imbricada con el proceso de las culturas. El desarrollo de la razón a través de la historia imprime su huella transformadora a la

mentalidad individual y social del ser humano.

Las sociedades humanas primitivas han quedado estacionadas durante largos siglos en estructuras culturales de tipo mítico. Este hecho contribuiría a demostrar el error de considerar los fenómenos sociales como de orden exclusivamente nutricional. La biología humana abarca esencialmente la estructura funcional del pensamiento abstracto, que ha creado un nuevo mundo humano, capaz de evolucionar con rapidez muy superior a la transformación somática y que influye sobre esta misma evolución plástica.

En el campo etno-psicológico los progresos del hombre se refieren a la noción de acrecentamiento cerebral. Y en este sentido, confrontando los cerebros de los hombres distinguidos de Java, Piltown, de Neanderthal, etc., con los nuestros, se pueden establecer gradaciones eslabonadas. Existe, pues, una evolución tangible de nuestras categorías pensantes.

Las bases de la explicación biológica de tales procesos pueden fijarse en 1884, en que el neurólogo inglés J. Hughlings Jackson exponía ciertos hechos fundamentales de la evolución de las funciones nerviosas. Para Jackson, la evolución es el paso de los centros bien organizados (inferiores), hacia centros superiores menos organizados, o sea más complejos. Por lo tanto, la evolución consiste en el paso de lo simple a lo más complicado. La noción de progreso nervioso, y por tanto de progreso humano, debe empararse de esta paradoja. Es un paso de lo perfecto a lo imperfecto, de lo automático a lo contingente. Y la contingencia es el origen de lo voluntario. Al nuevo esfuerzo de reorganización funcional del sistema nervioso se le llama reintegración. Así, la evolución mental surge de una sucesión de reintegraciones.

En su libro « Técnica y Civilización », Lewis Mumford afirma que « la vida, que siempre ha pagado los gastos de las fantasías de los hombres, ahora reclama los beneficios ». En efecto, pudo creerse algún día que la máquina era capaz de dominar al hombre, es decir, que podía inhibir la mentalidad humana. Pero el instrumentalismo creado por la técnica moderna ya no puede atrofiar al hombre, porque necesita del hombre para funcionar.

El rápido progreso técnico de este medio siglo ha alterado profundamente nuestra vida, las relaciones sociales, el tama-

• Pasa a la página 5 •

Las explosiones siderales y la creación de la materia

EL origen del universo sigue siendo motivo de discusión entre los astrónomos y probablemente no deje de serlo durante siglos. Sin embargo, en los últimos años bastantes astrónomos interpretan, de acuerdo con el americano George Gamow, que hubo un momento de creación : el de una masa relativamente pequeña, de composición desconocida, que, al explotar con violencia indescriptible, formara los varios átomos que componen el universo actual. Esto pudo ocurrir hace unos cinco mil millones de años, y, desde entonces, los átomos se han acumulado en las estrellas, las estrellas se han acumulado en constelaciones, separándose todavía las unas de las otras con velocidades vertiginosas. Según esta hipótesis ya no hay creación de materia, pero el universo entero continúa su expansión.

En el Congreso celebrado en Oxford por la Asociación para el Progreso de la Ciencia, el Dr. D. W. Sciama, del Trinity College, de Cambridge, sostuvo una opinión diferente, o sea que las diferentes clases de átomos que forman el universo, continúan produciéndose a partir del hidrógeno. Se cree que, aproximadamente un 95 % de todos los átomos del universo, son de hidrógeno y que se combinan

seguramente en el sol para formar el helio por medio de una reacción que es la causa principal del calor solar. Los astrónomos pensaban que estos átomos de hidrógeno no podían combinarse fácilmente para formar átomos más pesados — como el oxígeno, hierro y oro —, a una temperatura inferior a mil millones de grados, ya que la temperatura del sol no es superior a diez millones. Pero el Dr. Sciama sugiere ahora que las nuevas estrellas, llamadas « nova » o « super-nova », que aparecen de repente en el firmamento, son indicio de la explosión de grandes estrellas en constelaciones distantes. La súbita explosión de dichas estrellas puede producir una temperatura de mil millones de grados. Los astrónomos han observado que aproximadamente cada siglo se produce una de estas explosiones. Desde la formación de la Vía Láctea ha habido, por consiguiente, de diez millones a cien millones de esos fenómenos. De ser así, esas explosiones han podido motivar la formación de todos los elementos que existen sobre la tierra y en los astros. Y si se admite este punto de vista, la creación de la materia no habría podido realizarse en algunos minutos de hace cinco mil millones de años, sino que se efectúa casi constantemente, en la medida en que los grandes astros explotan y su energía se convierte en materia. Así, pues, la creación continúa.

Una cuartilla de GERALD WENDT